

Selección

TERROR

MACABRA SUGESTIÓN

PETER KAPRA

Se vio, en medio de la oscuridad, empujado por algo fétido y descompuesto, que pareció surgir ante él. Creyó haber visto apagarse una luz. Pero el horror de la presencia ultrahumana, de la muerte en vida extracorporal, le paralizó los sentidos.

El hálito mortal que brotó del ataúd debió materializar una incomprensible energía fatídica… ¡Y pese a la oscuridad reinante, Denis vio perfectamente un despojo humano, envuelto en su sudario pestilente, alzarse con las manos descarnadas hacia el agujero de la tumba, ante el que se encontraba el asustado Mike Stuart!

Y oyó con escalofriante claridad, el alarido proferido por el *merchant*. Y vio los huesos descarnados y negros de las manos del muerto ceñirse férreamente a la garganta de la víctima, cuyo alarido se convirtió en jadeo preagónico y gorgojeante.

Luego, siempre paralizado por una fuerza exterior inaudita, Denis vio caer el cuerpo de Mike Stuart, quedando ovillado en un rincón de la fosa. Y percibió la huida del ser o monstruo que había permanecido sepultado en el féretro durante tres años… ¡a la vez que algo invisible huía también de su mente!



Peter Kapra

Macabra sugestión

Bolsilibros: Selección Terror - 24

ePub r1.0
Titivillus 26.01.15

Título original: *Macabra sugestión*
Peter Kapra, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Joy Magruder había aceptado la crítica de arte del *Guardian* por complacer a su padre. Era un medio honesto de ganarse la vida, hacerse un nombre y apartarse de las peligrosas compañías que últimamente asediaban a la joven, entre las que hablan drogadictos psicodélicos y defensores de Manson, entre otros *hippies* inclasificables.

La hija de Kenneth Magruder odiaba los convencionalismos, aborrecía la vida cómoda que le hubiera proporcionado el dinero de su padre, y prefería vivir libremente, sin prejuicios ni obligaciones. A sus veintitrés años, creía haber superado la experiencia de Diógenes, se consideraba librepensadora, pero no estaba de acuerdo con Sartre, y mucho menos con Marcuse.

Por más señas, Joy era delgada, bien parecida, de largo, suelto y dorado cabello… ¡Ah! Y poseía los más bellos ojos azules de este disparatado planeta. Solía vestir muy *in*, con gracia efectiva y gusto, pues consideraba que su progenitor tenía obligación de pagar su ropa y darla de comer. Joy consideraba también a su «Maseratti-Coupé» como otra prenda de ropa, por el que su padre, financiero de la City, pagó seis mil quinientas libras esterlinas.

Además, Joy no pensaba en casarse, ni en nada serio, excepto estudiar libros de arte, pintar con peculiar estilo neoimpresionista —¡adoraba a Goya, a Degas y a Rousseau!— y visitar salas de exposiciones, para escribir sus críticas. Solía frecuentar los *pubs* más insólitos de Carnaby Street o Marylebone Road, y hasta se la había visto por Soho, casi siempre acompañada de algún tipo estrafalario.

El día que acudió a Palmer Hall, no obstante, iba sola, como crítico del periódico donde colaboraba, y sentía curiosidad por conocer al joven pintor cuyo nombre figuraba en el prospecto recibido días atrás. «Denis Lowry», había leído bajo el singular epígrafe de «Visiones ultrasurrealistas».

Joy creía conocer la élite londinense de la pintura. Trataba a muchos principiantes, tanto nacionales como extranjeros, de las más disparatadas tendencias y escuelas. Empero, el nombre de Lowry no significaba nada para ella. ¿Cómo, pues, Mike Stuart, a quien conocía sobradamente y le conceptuaba como un desaprensivo logrero, cedía su vetusta pero famosa sala a un novato?

Bien era verdad que julio no se consideraba un mes apropiado, en Londres, para celebrar exposiciones de pintura. Los coleccionistas de cuadros se hallaban en el extranjero, veraneando. Muy poca gente importante acudiría al antiguo edificio de Somerset Street.

¿Quién era, por otra parte, el pintor que pretendía expresarse con el ambicioso título de «ultrasurrealista»?

Si Joy Magruder hubiera podido prever el inmediato futuro, nada ni nadie la habría llevado a Palmer Hall, ¡pues allí iba a iniciarse la más sobrecogedora, espantosa, increíble y alucinante aventura que haya podido vivir mujer alguna en pleno siglo XX!

Y el impacto decisivo lo sufrió al entrar en la sala de exposiciones y ver el primer cuadro, cuya pintura, negra, roja y amarilla parecía violar todas las reglas del arte.

El óleo no era una mancha confusa, aunque diera esta impresión. En realidad, Joy creyó ver fuego surgiendo del lienzo… ¡Un fuego viviente, tangible, aniquilador y siniestro!

¡Y también creyó ver una figura humana retorciéndose en medio de las llamas devoradoras!

Tan sojuzgada y embebida estaba ante la pintura, sin ver los otros óleos que ocupaban la sala, que no se percató de la presencia de un hombre joven, de barba rojiza y ojos grandes, penetrantes y grises, que salió del despacho de Mike Stuart.

—*Fuego purificante* —habló el joven, con bien timbrada voz.

A pesar de no haber nada extraño en la voz, Joy tuvo un sobresalto. Se volvió, como aguijoneada por un escorpión y se quedó boquiabierta. El hombre que la miraba, sonriendo, no era desagradable. Vestía una camisa azul y unos raídos pantalones, y rodeaba su cuello con un pañuelo rojo, muy apretado.

—¿La he asustado? Disculpe. Soy Denis Lowry, el autor de esa monstruosidad.

Joy hizo un gran esfuerzo por recobrar el habla. Al fin,

balbuceando, logró decir:

—Estaba… ensimismada en el cuadro… ¿Monstruosidad, ha dicho usted? Yo lo encuentro muy… angustiosamente fascinante.

—¡No me adule! Si todo eso está ahí fue porque el señor Stuart insistió en exponerlo. En realidad, yo no soy pintor.

—¿No? ¿Qué me dice? Mi nombre es Joy Magruder y soy crítico de arte. Al ver ese cuadro he sentido algo parecido a lo que sentí en el Museo del Prado, en Madrid, al ver *Los fusilamientos de la Moncloa*.

—No lo conozco. ¿De veras le gusta?

—No he dicho que me guste, pero… ¡Es impresionante! Sugiere el alma de un hombre condenada en el infierno.

—No es el alma de nadie. Es un hombre que murió abrasado —dijo Denis Lowry, con una cordial sonrisa.

La joven se sorprendió, aunque ya estaba repuesta de su primer sobresalto.

—¿Ha visto usted esa escena?

La sonrisa se borró del barbudo semblante del joven.

—No. Pero la vivió en su propia carne quien me la inspiró.

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

Denis Lowry se pasó la mano por la frente. Después, respondió:

—Discúlpeme… Creo que estoy divagando, aún no ha venido mucha gente. ¿Quiere ver los otros cuadros? ¿Por qué me mira usted así?

—¿Cómo ha dicho que se llama este cuadro?

—*Fuego purificante* —contestó él, mirándola con su desconcertante mirada, gris y joven. Incluso, Joy creyó percibir algo misterioso en sus ojos—. Pero le ruego perdone mi ignorancia. Soy tan poco pintor que hasta ignoro cómo se debe tratar a un crítico. ¿En qué, publicación trabaja?

Joy se lo dijo. Y preguntó:

—¿No lee usted las críticas?

—No. Me tiene sin cuidado que diga usted de mí que soy un analfabeto de los pinceles y que ni siquiera sé lo que es una paleta.

—Entonces, ¿por qué pinta? Y, lo que es peor, ¿por qué ha expuesto?

—Vine a ver al señor Stuart hace unos meses, le enseñé algunas cosas y le gustaron. Nada más. Ha aprovechado la calma estival

para exponerme.

Joy estuvo a punto de soltar una carcajada. Se contuvo porque Denis Lowry le pareció excesivamente sincero e ingenuo. Pero allí había un misterio y trató de averiguarlo, Por ello, preguntó, mientras penetraba en la calurosa sala y examinaba las otras obras del joven pintor:

—¿Confía en vender algún cuadro?

—¡Oh, no! Dudo que esto sea comercial. Hay demasiado fuego en los lienzos. Y digo fuego en el peor sentido de la palabra.

—¡Es usted muy extraño! ¿Qué quiere expresar? O de otro modo, ¿qué es esto?

—No lo sé. Lo pinté influido por algo o por alguien. ¿Quiere que le diga la verdad, señorita? No soy pintor, sino mecánico de automóviles. Sufrí un grave accidente, probando un «Matra», y hube de guardar cama durante bastantes días. En el hospital había un tipo que pintaba. Yo le observaba horas enteras. Cuando él se fue, me dejó sus pinturas.

Sonriendo, Joy abrió el bolso y extrajo un paquete de «Pleyel», ofreciendo un cigarrillo a Denis, quien rehusó.

—¿Y sin ninguna escuela llegó usted a expresarse así?

—Algo me inspira.

Mientras encendía el cigarrillo, Joy observó el confuso anagrama que había en el cuadro dantesco que examinaba.

—¿Es su firma?

—No. Ahí he puesto C. B.

—¿Por qué? ¿Qué significado tiene?

Denis se encogió de hombros y dijo:

—Para usted todo ha de tener algún sentido. Yo…

Una voz jovial, surgiendo de donde el dueño de la sala tenía su despacho, interrumpió a Denis.

—¡Joy Magruder! ¿Qué haces aquí, cariño? Te hacía en Mallorca o en las Bahamas.

—Hola, Mike. Pues estoy en Londres. Y he recibido tu programa. Por eso he venido.

Mike Stuart, elegante y esnobista, se acercó y besó a Joy en la mejilla. Luego se volvió a Denis.

—Este chico es mi serpiente de verano. ¿Qué te parece el fuego de Satanás?

—¿Qué es esto, Mike?

—¿Esto? —Pareció extrañarse el marchante—. Pintura.

—¿Pintura? —inquirió la joven, arqueando las cejas.

—Sí, pintura y… ¡algo más!

—¿Qué más, Mike?

—Algo, algo… Si lo supiera te lo diría, querida… Todavía no sé qué es. Pero yo no expongo por capricho, teniendo pintores de más nombre que Denis.

La joven esbozó una ambigua sonrisa.

—¡Vamos, Mike, que no he nacido hoy!

—¿Lo ves, Mike? Así es la crítica. Ya puede uno descubrir valores. Está todo tan comercializado que el ser sincero está mal visto.

—Yo opino como la señorita Magruder —intervino Denis, en voz baja—. Esto no llega ni a pintura infantil.

—¡Y un rábano! —mascullό Mike Stuart, asiendo a Joy del brazo y llevándola hacia su despacho—. Hasta luego, Denis. Quiero hablar con esta damisela en mi despacho.

—Adiós… Mucho gusto en haberla conocido, señorita Magruder —dijo el extraño pintor.

Al penetrar en el desordenado despacho del marchante, poco después, Joy observó:

—Te desconozco, Mike. ¿Por qué has hecho esto? ¿Qué hay en esas manchas amarillas y rojas?

Poniéndose muy serio, Stuart dijo, en tono sombrío:

—No quiero engañarte, Joy. Conozco a tu padre. Esos cuadros no los ha pintado ese chico.

—¿No? ¿Quién lo ha hecho?

—No te lo vas a creer, Joy. Pero apuesto mi alma… ¡Esas pinturas son de Cecil Baker!

—¿Baker? ¡Imposible! Toda su obra se perdió durante su muerte.

—Eso creía yo también. Pero al ver esos cuadros comprendí que no era cierto.

—¡Me estás tomando el pelo, Mike!

—Calma, chiquilla. Y escucha. Conocí bien a Baker. He vendido muchos de sus cuadros. ¡Y sé que ésos son suyos!

—Pero ¿cuándo los pintó? ¿Murió abrasado en su casa de

Drisdee? ¡Antes no hizo jamás una cosa así!

—El gran sueño loco de Cecil Baker fue ése. Yo lo sé muy bien. Precisamente murió tratando de arrancar al fuego su secreto.

—¡Por favor, Mike! ¿Para qué están las viejas chimeneas victorianas? ¿Por qué habría de bañarse en benzol y prenderse fuego, si no podría seguir pintando?

—Eso no te lo puedo decir yo, Joy —dijo Mike Stuart, muy serio, mientras se apoyaba contra su mesa—. Cecil se llevó el secreto a la tumba. Sin embargo, ahora que tanto se habla de metapsíquica, parapsicología y fenómenos extrasensoriales, tal vez algo de eso podría aclarar el misterio.

—¿Qué misterio?

—¡Diablos, Joy; eres obtusa! ¡*Fuego purificante* es lo que Cecil quería pintar! ¡Denis Lowry es una especie de médium de la pintura de Cecil! ¡Incluso ha firmado como lo hacía él!

—Baker murió hace tres años. Sus obras están catalogadas. No había ningún fuego purificador, ni nada de eso. No era su estilo.

—¡Él quería hacerlo! —gritó Mike Stuart, con furia—. Me lo contó en Chassery's una noche, pocas semanas antes de su horrible muerte.

Como asaltada por un súbito pensamiento, Joy inquirió vivamente:

—¿Quieres darme a entender que Cecil Baker no murió?

—¡No, no es eso! Aunque su cadáver quedó totalmente carbonizado, no parecen haber dudas de su muerte. Cecil murió a consecuencia del fuego que él mismo provocó. ¡Y sólo así se comprende que Denis Lowry haya pintado *Fuego purificante*! ¡Para hacer eso hay que haberse visto envuelto en llamas!

Joy Magruder retrocedió instintivamente, sin poder dominar un escalofrío que erizó su médula.

—¿Quieres hacerme creer que Cecil Baker ha inspirado a ese joven la visión de su propia muerte, envuelto en llamas?

Con un soplo de voz, casi un jadeo agonizante, muy grave, Mike Stuart asintió:

—Estoy seguro, Joy. ¡Esos cuadros los ha pintado Cecil desde el más allá!

* * *

Joy Magruder pasó la velada en un *pub* de Rogent Garden. Estaba citada con un curioso individuo, ejemplar perfecto del mundillo artístico londinense, barbudo como un oso, ocurrente, deslenguado y cínico, cuyo gran talento parecía radicar en el arte de vivir del aire. Se hacía llamar Ernie Gogh von Rembrandt, aunque cuando estaba ebrio o drogado se llamaba a sí mismo Dicky.

No era que Joy sintiera una especial predilección por aquel tipo. Pero era tan satánico que decoraba… Además, Ernie Gogh von Rembrandt insistió mucho por teléfono, en verla.

Y como Joy carecía de compromiso aquella noche, se fue a Rogent Garden y se sumergió en la densa atmósfera del Flak's, donde Dicky la esperaba medio grogui.

Lo que el vividor quería pronto salió a relucir: necesitaba cinco libras. Si no pagaba a cierto tipo aquel dinero, le afeitarían la barba y las orejas. Parecía ser un asunto grave. Con cierto disgusto, Joy le dio el dinero y quiso marcharse, pero el agradecimiento del futuro genio se lo impidió.

Cuando, al fin, la joven pudo quitarse a su amigo de encima, jurándose no volverle a escuchar jamás, ya era más de medianoche. Hacía calor y sintió deseos de tomar la autopista 12 y poner el cuentakilómetros a noventa millas.

Fue mientras devoraba kilómetros, hacia la costa, cuando volvió a pensar en lo que habló aquel día con Mike Stuart, el dueño de Palmer Hall. Y recordó también a Denis Lowry, un sujeto muy distinto a Ernie Gogh von Rembrandt.

«Mike está loco», pensó. O es un granuja de tomo y lomo, que pretende embolsarse unas miles de libras con un cuento que no son capaces de creer ni los alumnos de primaria. ¡Bah, Cecil Baker reencarnado artísticamente en un mecánico de coches! ¡Qué cuento más absurdo, diablos!

Sin darse cuenta, Joy aminoró la velocidad y tomó una salida. Al poco se detenía junto a unos setos. La radio estaba transmitiendo música de Frank Pourcel. Tomó un cigarrillo y lo encendió con el mechero eléctrico. Luego, alzó el rostro hacia el estrellado firmamento y lanzó una bocanada de humo.

«¿Quién es ese Lowry? ¿De dónde ha salido? ¿Está chiflado o es un comediante? Mike ha podido darle unas monedas, rogándole que se preste al juego. Tal vez esperan echar mano a algún incauto. Es

un buen truco decir que Baker, muerto entre las llamas de su estudio, tratando de pintar el fuego y la carne hermanados en devastadora orgía, utiliza un médium para expresar su experiencia. ¡Claro, hay que firmar con C. B!».

La riada de modernos automóviles que discurría por la inmediata autopista, con su estruendo de cláxones y motores, pareció irse apagando. Incluso los violines mágicos de Pourcel en la radio se esfumaron. La mente de Joy Magruder se diluía en una visión extraña, esotérica, inquietante y sobrenatural. Trataba de burlarse de lo que consideraba un ardid de comerciante, pero, sin darse cuenta, sin apercibirse siquiera, los ondas magnéticas de su cerebro se extraviaban, como conjuradas por las sombras de la noche, hasta que tuvo el presentimiento inequívoco de haber atravesado la barrera de lo sobrenatural.

¡Y vio a Denis Lowry, como entre brumas, de pie ante un caballete, pintando sobre un lienzo! ¡Y detrás de él estaba algo o alguien que erizó los cabellos de Joy: un ser espectral, cadavérico, horrorosamente deformado, con terribles costurones en la negra piel, casi una momia, que parecía estar indicando al joven pintor cómo debía efectuar los trazos sobre el lienzo!

Joy quedó tan asustada ante la visión que hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para sustraerse a ella. No gritó, pero se agitó en el asiento del coche, arrojando el cigarrillo hacia los setos, y presionando el conmutador de «on», para alejarse de allí inmediatamente.

La visión aterradora habría de tardar tiempo en borrarse. Aquélla fue, sin duda, la noche más larga y horrible de toda la vida de Joy. No pudo dormirse hasta casi el amanecer, y cuando lo logró su cuerpo no descansó.

Ignoraba que uno de los más espantosos secretos de la muerte se le acababa de revelar, sólo en parte, y que su vida iba a sufrir un terrible cambio a causa de ello. ¡El precio podía ser la locura!

CAPÍTULO II

Denis Lowry había sido un muchacho normal, como cualquier inglés de su tiempo, hasta que sufrió el aparatoso accidente, en la carretera de Leeds, un año atrás. Había ido a probar un «Matra» deportivo, después de repasado por Andy Cooper y su equipo. Denis no era probador, sino ayudante, pero su jefe estaba ausente. Además, los repasadores anotaron en la hoja de trabajo que todo estaba *Okay*.

Era un bonito coche, rápido, moderno, manejable. Denis, vestido con su mono blanco de probador, lo llevó por la ciudad sin dificultad alguna. Se sentía eufórico, exultante, creyendo que todos los transeúntes le miraban. Y podía ser así.

Pero la euforia se convirtió en temeridad al entrar en la recta casi despejada. Denis tenía que probar el *reprís*. Apretó el acelerador, el motor rugió, como un mítico animal furioso y encadenado, el coche saltó hacia delante, transformado en rayo apocalíptico.

Y la embriaguez de la velocidad hizo mella en el comprometido subconsciente de Denis, quien no calculó a tiempo la distancia hasta la curva, y mucho menos el ángulo de entrada en ella, hasta que fue demasiado tarde.

Lanzado a más de ciento cuarenta millas, el «Matra» se desvió lo suficiente para que Denis no pudiera hacerse con el dominio, precisamente cuando entraba en la curva y un vehículo pesado venía en dirección contraria. Sólo pudo hacer un viraje desesperado, esquivando el encontronazo con el camión, cuyo conductor creyó ver echársele la muerte encima.

Una centésima de segundo después, en alucinante continuidad, el «Matra» pegaba con la rueda delantera derecha en la barrera defensiva, giraba sobre sí mismo, en convulsión caótica, se encabritaba como yegua herida y celosa, saltaba violentísimamente

sobre la barrera metálica, ya envuelto en llamas y despidiendo un arco iris de fuego, mientras el cuerpo de Denis Lowry era lanzado a más de cien metros de distancia, haciéndolo pasar bajo la barrera y arrojándolo sobre las rocas del talud, donde quedó sin sentido.

Y suerte tuvo del casco protector, según dictaminaron los médicos después, pues sin él, su cabeza habría reventado, matándole en el acto. La pierna rota, dislocación del brazo, magulladuras, hematomas y poca cosa más, cuando el conductor del camión, que fue el primero en llegar a su lado, creyó encontrar un cadáver mutilado.

—¡Vaya un modo de conducir! —Habría de exclamar aquel hombre, ante los agentes de tráfico—. ¡Vino hacia mí como una bala! ¡Se desvió por pulgadas y fue a pegar contra la barrera! Bueno, eso creo, porque no lo vi. Cerré los ojos, creyéndome muerto. Debió incendiarse al primer choque. Todo se llenó de gasolina ardiendo. ¡Ha sido espantoso!

Denis Lowry había dejado de ser un muchacho normal en aquel preciso instante. Antes vivió sin muchas ambiciones, atendido por su madre y una hermana soltera, mayor que él, con residencia en una casita en Kensington Road, cerca de Wimbledon. Su padre había sido un buen empleado de la Vauxhall Motors, muerto de infarto, gracias a lo cual su viuda percibía una modesta pensión.

Además, como el accidente ocurrió en horas de trabajo, cumpliendo una obligación laboral, la seguridad social se cuidó de todo, y su madre continuó percibiendo el sueldo del accidentado.

En el hospital de Leeds, Denis Lowry fue atendido con esmero y solicitud. Incluso el propietario del vehículo siniestrado, un famoso jugador de fútbol, se interesó por el joven, a quien consideró que debía la vida, porque había estado a punto de llevarse el coche sin la debida comprobación. El as balompédico obsequió a la madre de Denis un cheque de doscientas cincuenta libras esterlinas, para «gastos extras», dijo.

—Si su hijo no sufre el accidente, pudo pasarme a mí. Deseo que se reponga pronto.

Fue un gesto deportivo, generoso y aplaudido. Pero deliberado. Había fotógrafos de Prensa cerca. El as apareció en periódicos y revistas. Su club supo sacar partido del gesto.

Y, mientras, Denis Lowry experimentaba la más espeluznante

transformación psíquica que imaginarse pueda. Inconsciente, desmadejado en su lecho, ajeno a este y al otro mundo, no pudo impedir que algo se introdujera en él, procedente de la ignota esfera supranormal, donde había permanecido al acecho de una posibilidad de retorno al ámbito tridimensional del que saliera envuelto en llamas devoradoras.

Este algo —y ruego al lector comprensión y disculpa por tener que presentar así a un espíritu atormentado— era la *psicobiosis* de Cecil Baker, un pintor muerto dos años antes, en Drisdee, convertido en antorcha humana deliberadamente.

¿Cómo explicarse este *retorno* o reencarnación de un ser, al cabo de veinticuatro meses de su desaparición entre los vivos? No es posible dar explicación alguna. En el ámbito sobrenatural todo lo imaginable es posible. Su arcano pertenece a ciencias todavía ignotas, increíbles y extraordinarias. Ni psiquiatras, psicoanalistas o parapsicólogos dan una explicación plausible y lógica. La ciencia de lo extrasensorial todavía balbucea, pese a Sigmund Freud, Carl Gustav Jung o el célebre profesor Rhine, y la reencarnación psíquica ni siquiera se cree posible, aunque se acepta la existencia de fantasmas, la diáspora espectral y la telequinesia metapsíquica, entre otros fenómenos no menos increíbles y fuera de lógica.

Pero ¿quién había sido Cecil Baker?

El *Who's who* británico describía a Baker como un pintor neoimpresionista, nacido en Bristol en 1925, algunos de cuyos cuadros se hallaban en el Museo Británico de Arte Moderno. Toda su obra estada catalogaba. Lo lamentable era que Baker hubiera sufrido dolencias paranoicas y, en 1968, a consecuencias de un ataque de enajenación —tal vez provocado por estimulantes— fuera preciso internarlo en un manicomio.

Baker había sido un buen pintor, de estilo muy personal, algo inquieto en su búsqueda de la forma. Estuvo casado varias veces, pero no tuvo hijos. Su segunda esposa le causó muchos trastornos y esto, posiblemente, afectó su integridad psíquica, no muy segura y estable.

La verdad, sin embargo, no figuraba en el *Who's who*. La verdad, como todas las cosas importantes, quedaba fuera del alcance de las gentes. Y con él se fue, devorada por las llamas, hacia ese destino desconocido de la eternidad, donde todo lo incomprensible puede

ser real.

Cecil Baker, empero, estaba obligado a volver del Más Allá.

* * *

«—Soy pintor de la muerte.

»—¿A qué has venido? —preguntó la razón subconsciente de Denis Lowry.

»—Tenía que hacerlo. Sacrifiqué mi vida por ello, y así lo han comprendido.

»—¿Tanto vale saber lo que quieres enseñar?

»—No. El valor de las cosas, en el orden humano, es relativo. Pero los espíritus tienen conciencia. Si dediqué mi existencia a una idea, no hay razón para destruir lo que sólo podía lograrse con el aniquilamiento mismo.

»Ninguno de los que han muerto en la hoguera, en toda la historia de los tiempos, podía expresar mi idea. Muchos han pintado monigotes llameantes, pero nada era real. Todo falso. Savonarola, Juana de Arco, Giordano Bruno y otras víctimas del fuego no anhelaron jamás ver la representación de la muerte llameante. Y muchos de los "bonzos" convertidos en antorchas vivientes lo hicieron en estado hipnótico o mediatizados por las drogas.

»Había que vivir la experiencia de verse devorado por las llamas y morir. Sólo así se puede expresar mi anhelo. Yo me cubrí de amianto y penetré en una hoguera. Vi el fuego tan de cerca que casi lo sentí en el alma.

»Pero no era lo que yo buscaba, ¡como lo había visto en sueños, consumiéndome!

»Necesitaba morir y luego revivir para poder pintar con ojos mortales lo que sólo es posible ver con los ojos del alma. Y por eso prendí fuego al benzol que había en los botes de pintura de mi estudio. Tuve que hacerlo… ¡Era absolutamente necesario! Aunque los mortales digan que estaba loco.

»La existencia del cosmos carecería de sentido si no podemos realizar, sea en una dimensión u otra, aquello para lo que hemos sido creados… No son palabras mías. Me las han dicho allá arriba no hace mucho. Si yo fui creado para pintar y expresar la grandeza

del fuego en su lucha ciega contra el hombre, una vez muerto no podría realizar mi obra máxima.

»—¿Y qué quieres de mí? Aunque no te entiendo, quiero escucharte.

»—Te ha sido perdonada la muerte, al menos, por ahora, Denis Lowry. No es cosa mía. Así estaba escrito. Tu destino se debía cumplir en esa carretera, al volante de ese cacharro endiablado. ¡Zas, patinazo y uno menos! Es muy frecuente y hasta vulgar.

»Pero tu destino no es vulgar, Denis; te lo aseguro. Si la gente comprendiera la verdad, todos se sentirían orgullosos de ti. Te parecerá horrendo, pero no es así… ¡Vas a volver a la vida, pero sin alma!

»—¡No! —Debió gemir el inconsciente de Denis.

»—Lo siento, muchacho. O eso… ¡o tu tránsito, sin pena ni gloria, al otro mundo! Todavía estás inconsciente. Yo te ayudaré a sobrevivir. Recuperarás la razón, pero no será para probar coches, sino para pintar lo que yo te indique.

»—¡No quiero! ¿Quién lo ha dispuesto así?

»—Quien está en la esfera superior y cuyas inescrutables razones no podemos ni sospechar siquiera… ¡El que manda sobre la muerte y la vida!

»Hay misterios, amigo mío, que vistos desde un plano dimensional diferente, se convierten en hechos normales y lógicos. Pero no quieras penetrar aún en ellos, porque te están vedados. Lo único que puedes hacer es estremecerte, temblar de terror y espanto, como mortal que eres. Y obedecer sin rechistar, porque estás sabiendo todo esto gracias a mí benevolencia.

»De verdad, Denis, no tengo por qué explicártelo. Además, como tampoco puedes comprenderlo, lo único que hago es perder lo que ya carece de importancia para mí, que es el tiempo. ¿Cuánto tiempo crees que puede durar esta charla? Ni siquiera hemos empleado una milésima de segundo. Nada… ¡Es una conversación inexistente!».

* * *

Denis Lowry cambió totalmente de vida al salir del hospital. Estuvo recluido en su habitación largo tiempo, embadurnando

lienzos. Mary, su hermana mayor, solía observarle desde el patio, mientras fingía tender o recoger la colada. Y sufría por él, dado que le amaba tiernamente.

—¿Qué te ocurre, Denis? —preguntaba también su madre, al verle absorto y alejado, durante las comidas—. ¿No te encuentras bien, acaso? El doctor Hoolidge dijo que fueras a verle si…

—Estoy bien, mamá. No te inquietes. Sufrí un fuerte golpe y eso tarda su tiempo en arreglarse.

—Déjale, mamá. Denis ha sufrido un choque emocional. Se le pasará. ¿Qué has pintado hoy? —Mary Lowry sonrió a su hermano menor—. ¿Por qué siempre pintas con amarillo y rojo? ¿Es que no te gusta el verde o el azul?

—¿Y de qué te viene esa afición a la pintura?

—Se lo debe al señor Hill, mamá. Fue él quien le regaló el caballete, la caja de pinturas y le dio las primeras lecciones, mientras estaba en el hospital.

Un día, Denis pareció renacer. Y en los días que siguieron, extrañamente, pintó varios cuadros sorprendentes. En todos ellos, por vez primera aparecieron las siglas C. B. en el extremo inferior izquierdo.

Mary, que fue la primera en ver *La muerte y el fuego*, intuyó algo extraño. Y preguntó a su hermano:

—¿Qué quiere representar eso, Denis? ¿El infierno?

—Es algo mucho peor —repuso él, impensadamente, con voz ahogada—. Es algo que intuyo, pero no comprendo… ¡Como si no lo hubiera hecho yo!

Mary abrazó protectoramente a su hermano y musitó, sin poder apartar la vista del cuadro siniestro:

—Deberías dejar esto. El doctor Hoolidge dijo que era necesario hacer ejercicio, pasear un poco. Has de pensar en volver al trabajo.

—¡No quiero volver a probar coches!

—¿No?

—No.

—¿Piensas ganarte la vida pintando cuadros? Mucho me temo que nadie te dé nada por eso.

Pero Mary Lowry estaba muy equivocada. Un día, ávido de demostrar no sabía qué, Denis tomó dos telas, las enrolló y se dirigió a un comerciante de Picadilly. Allí había comprado material.

El hombre examinó las telas y se encogió de hombros, diciendo:

—Lo siento, hijo. ¿Por qué no pruebas otro tema?

Así empezó un extraño peregrinaje que terminaría, meses después, en Palmer Hall, ante un hombre sagaz como Mike Stuart.

Fue el *merchant* de Somerset Street quien, después de examinar los lienzos, preguntó a Denis, casi en susurros:

—¿De dónde has sacado esto? ¿Quién te lo ha dado? ¿Qué significan estas iniciales?

—Lo he pintado yo. Nadie me lo ha dado. En cuanto a la firma… Bueno, he puesto eso por poner algo.

—Conocí a un hombre que firmaba así… Un gran pintor, atormentado por la misma idea que tú acabas de expresar aquí. Y yo no creo en apariciones ultraterrenales. Vamos, hijo… ¿Dónde está Cecil?

—¿Cecil? —se extrañó Denis.

—Sí, el autor de esto.

—Soy yo.

Mirando a Denis de hito en hito, Mike Stuart sacudió la cabeza.

—¡Apuesto mil contra uno a que esto es cosa de Cecil! ¡Conozco hasta sus rasgos! Además, él me habló de este tema. Fue una noche, en un club…

Denis, cuyo estado de ánimo, después del accidente, era muy inestable, empezó a envolver sus telas, para irse. Mike Stuart, empero, le retuvo, sujetándole.

—Aguarda. ¿Dónde vives? Quiero ver cómo lo haces.

Denis vaciló. Le habían dicho que Stuart era un experto en pintura. Tal vez, con su apoyo, lograría vender su obra. Podía, incluso, hacerse famoso y ganar mucho dinero, aunque no lo deseaba con gran vehemencia. En realidad, sólo quería demostrar a su hermana que pintando se podía ganar dinero.

Por esta causa dio su dirección a Mike Stuart, quien se presentó en su casa aquella misma noche. La visita sobresaltó a las dos mujeres, a las que el *merchant* apenas prestó atención.

Denis había instalado su estudio en la habitación, junto a la ventana. Y, precisamente, estaba pintando *Fuego purificante* en aquellos momentos, con la ayuda de una lámpara eléctrica.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el visitante, al ver cómo pintaba Denis—. ¿Qué estás haciendo? ¡Hace falta luz cenital y

diurna!

—¿Para qué? —preguntó Denis—. Lo que estoy pintando está ya plasmado en mi mente… Así es como lo veo.

—¡Fantástico! —exclamó Stuart—. Sigue. Quiero verte trabajar.

—¿Cree usted que mi hijo vale, señor Stuart?

—No se puede asegurar… ¿Desde cuándo pintas, Denis?

Fue Mary quien se anticipó a responder, con malicia:

—Desde hace unos meses… Después del accidente. Mi hermano es mecánico de coches.

—¿Tuviste un accidente, Denis? ¿Cómo fue? ¿Dónde?

Denis respondió de mala gana, sin dejar de dar pinceladas anaranjadas sobre el lienzo. Stuart escuchó en silencio, mirando cada movimiento de pincel y creyendo estar viendo el gesto nervioso, como impaciente, de alguien que ya no estaba entre los vivos.

Luego, Stuart tomó uno de los lienzos que Denis había pintado al principio, y que carecían de firma.

—¿Y esto, quién lo ha hecho?

—Yo —respondió Denis.

—¿Por qué no lo has firmado?

—Por nada. Creí que no valía. ¿Lo hago?

—No es necesario. No vale nada… ¡Pero lo que estás haciendo sí que vale! Termínalo. Quiero exponerlo cuanto antes. Necesitaré veinticuatro lienzos. ¿Te hace falta dinero, Denis?

La madre estaba a punto de saltar de alegría. Mary, por el contrario, se mordió los labios. Tal vez intuía el horrible y espantoso drama que se avecinaba y su instinto se rebelaba contra lo que sólo podía ser una maldición de Satanás.

Mike Stuart había descubierto la verdad. No la podía comprender, por supuesto, pero las pruebas estaban ante sus ojos… ¡Denis Lowry pintaba igual que Cecil Baker, firmaba como él y estaba realizando el tema por el que Baker ofrendó su vida!

¡Allí estaba la obra genial de alguien que murió, envuelto en llamas, para poder saber, en su propia carne, cómo se muere devorado por el fuego!

Y, de algún modo, Cecil Baker había vuelto para que otro realizara la obra que sólo él podía pintar.

CAPÍTULO III

El cementerio de Dartford, en aquella noche cálida y rumorosa, ofrecía un acusado contraste con el mundo exterior. Un silencio fantasmagórico lo invadía. Los altos cipreses, inmóviles, parecían espectros, y los mausoleos de piedra, envueltos en la sombra, adquirían remembranzas sobrenaturales.

Denis Lowry, sosteniendo una potente lámpara eléctrica, caminaba erguido, sin temor alguno, como si aquél fuera su reino y su ambiente natural. Mike Stuart, por el contrario, creía ver apariciones por todas partes, a pesar de su mentalidad materialista.

—Creo que debemos dejarlo, Denis —musitó Stuart, deteniéndose de pronto, y mirando hacia donde había creído moverse las sombras.

—¿No me irá a decir que tiene miedo, señor Stuart? La tumba de Cecil Baker está por aquí.

—Es que… No está bien esto que hacemos, muchacho. Estoy dispuesto a retirar lo dicho. ¿Para qué queremos saber más?

—¡Yo deseo saberlo, señor Stuart! ¡O soy yo o él se ha apoderado de mí!

—Es que… bien mirado, es una tontería. Y no averiguaremos nada —insistió Stuart, estremeciéndose al sentirse agarrar del brazo por Denis—. Sé que Cecil está muerto. Asistí a su sepelio.

—¿Está seguro de que era él, señor Baker?

—Fueron sus restos los que se hallaron en su casa de Drisdee.

—Unos despojos calcinados —remarcó Denis, secamente—. Pero algo nos permitirá averiguar la verdad.

—Esto está prohibido… ¡Es demasiado macabro! ¿Y qué más da, después de todo, si eres Cecil o no?

—Tiene mucho que ver —contestó Denis, en tono sombrío—. En primer lugar, esa crítico de arte, Joy Magruder, nos ha tratado de farsantes, a usted y a mí. Una comedia burda con fines lucrativos…

¡Una falsedad publicitaria! ¡Yo demostraré la verdad!

—No vas a descubrir nada, Denis. Dejémoslo, ahora que aún estamos a tiempo.

—¡No! Usted me sugirió la idea. Ahora, iré hasta el féretro de Cecil Baker y comprobaré si está enterrado o no. Si es Cecil Baker, debe faltarle la falange primera del índice de la mano derecha. ¿Cómo la perdió?

—Se la cercenó con una hojalata. Por eso cogía los pinceles con el anular y el medio… ¡igual que haces tú!

—Vamos, señor Stuart, ¡su teoría es demasiado increíble!

—De acuerdo, Denis. Déjalo. No te lo volveré a decir. Tus cuadros se venderán bien, pese a lo que diga Joy Magruder. ¿Qué te importa?

—¿Viene o no?

Mike Stuart se desasió de la mano de Denis.

—No, ¡ea! Esto es una locura. Además, si nos sorprenden aquí seremos encarcelados. Estamos realizando una profanación.

—¡Bah, tonterías! Venga usted, señor Stuart. Puede que al individuo enterrado como Cecil Baker no le falte ningún hueso en la mano. Y si es así…

—¡Es que no vamos a demostrar nada! —casi chilló Stuart.

—¡Chist! ¡Baje la voz! Escuche. Ya que estamos aquí, debemos efectuar esa comprobación. Luego, decidiremos al respecto. ¡Ea, vamos!

Mike Stuart se rehízo un tanto. La conversación le había sosegado. Pese a lo sombrío del paraje, se sobrepuso y optó por obedecer. ¿Para qué estaban allí, si no?

Poco después, Denis encendía la lámpara a intervalos, hasta que el haz de luz se posó sobre una gran losa de piedra que se había limpiado recientemente de hojas secas y muertas.

—Ahí está, señor Stuart. Deme las palancas… ¿Por qué tiembla? ¿Le asustan los muertos?

Stuart entregó a Denis un envoltorio, donde había cuatro recias palancas de acero. Denis las desenvolvió y se arrodilló, dejando la lámpara encendida en tierra.

La luz se deslizaba sobre la losa, donde en relieve, cincelado, se leía:

Cecil Baker 1925-1968.
La pintura fue su vida y su muerte.
R.I.P.

—Apaga la luz, Denis —siseó Stuart—. Pueden verla los guardas.

—Están durmiendo. Estoy bien informado.

—¡Más te valía pintar que profanar tumbas! En estos días has podido pintarme tres telas. Tendrías trescientas libras.

Denis dejó escapar una risita, mientras manipulaba con dos palancas en la juntura de la losa.

—¿Cree que me interesa el dinero, Stuart? ¡La verdad de mi mente me importa mucho más! ¡He llegado a pensar hasta en que me trasplantaron el cerebro de Baker!

—¡Eso es una tontería!

En aquel instante, la pesada losa se movió, bajo la presión de las palancas manejadas por Denis, quien exclamó:

—¡Ayúdeme, Stuart! Ponga el otro hierro ahí… ¡Empuje!

Un fétido hedor surgió del agujero siniestro. Stuart retiró la cara instintivamente, mientras Denis decía:

—Ya está. Ahora, desplacémosla con cuidado.

Empujaron la losa, dejando un agujero que permitía el paso de un hombre. Denis enfocó la fosa con la lámpara, pudiendo ver el féretro casi intacto que había en su interior.

—Hay sitio para los dos. Bajemos… Tome esa palanca.

Denis Lowry se introdujo en la fosa abierta, pero Mike Stuart se mostró renuente, diciendo:

—Entra tú… Yo esperaré aquí.

—¡Bah, no creí que fuera tan cobarde! —masculló Denis, metiéndose en la fosa y situándose a horcajadas sobre el féretro, solo, y alumbrando hacia abajo.

El hedor se iba disipando. Pero Stuart, fuera, sentía acelerarse los latidos de su corazón.

—Date prisa, por favor.

Denis hizo palanca en la tapa del ataúd con la mano derecha. Al presionar, la madera cedió bruscamente, a consecuencias de lo cual se le escapó la linterna, cayendo a un rincón y apagándose.

—¿Qué haces, Denis? —preguntó Stuart, fuera—. Estás armando un estruendo de mil diablos… ¡Enciende la lámpara!

Pero Denis no contestó. Al hacerse la oscuridad, sus ropas oscuras se confundieron con el fondo de la fosa.

—No hagas bromas, Denis… ¿Qué te pasa? ¿Por qué no enciendes la…?

Mike Stuart no pudo continuar. Su garganta se vio asaltada por un alarido espantoso. Al inclinarse hacia abajo, sobre la tumba abierta, algo así como dos manos descarnadas, siniestras y espeluznantes, brotaron de la oscuridad, atenazándole el cuello.

Su alarido estalló en el silencio opresivo de la noche. Trató de zafarse de la férrea tenaza, pero las manos de la muerte le ahogaron con bestial fuerza, sujetándole durante los breves minutos de su forcejeo.

Luego, Mike Stuart fue atraído hacia el interior de la fosa.

* * *

Denis Lowry despertó bañado en sudor frío. Hubo de hacer un tremendo esfuerzo mental para comprender que se encontraba tendido en su lecho, desnudo de cintura para arriba, y que la claridad difusa del ambiente obedecía a la luz del alba, filtrándose por la ventana.

Se incorporó y se frotó el rostro. Hasta la barba rojiza le pareció extraña. Sintió sequedad en la boca y angustia u opresión en el pecho. Tal vez le faltaba aire. Su madre, por temor a los insectos, solía cerrar la ventana.

Denis saltó del lecho y abrió la ventana, respirando aire del exterior, impregnado de efluvios estivales y purificantes. Esto pareció disipar las brumas de su cerebro.

Recordó haber estado pintando en el nuevo cobertizo del patio, donde el techo de plástico transparente le permitía trabajar con luz diurna. Había estado retocando el lienzo, casi acabado, que Mike Stuart bautizó como *El pintor y la muerte*.

También recordó a Mike Stuart, con quien se encontró en la esquina de Donovan Street, casi a medianoche.

Denis se volvió y examinó el ligero suéter negro y los pantalones oscuros que había sobre la silla. Mientras vertía agua de la jarra, que su madre colocaba todas las noches en la mesita, sosteniendo el

vaso con la izquierda, un nefasto presentimiento le asaltó.

¿Qué ocurrió la víspera? Recordaba haberse encontrado secretamente con Stuart. Pero ¿y luego? ¿Qué pasó después? ¿Adónde fueron? ¿En qué lugar estuvieron? ¿Cuándo regresó a su casa?

Se sentó al borde del lecho y se mesó los cabellos revueltos. Por mucho que se esforzaba, no conseguía recordar lo que pasó la noche precedente. Sin embargo, se miró las manos, como si esperase ver en ellas el rastro del eslabón que faltaba en su mente.

Y como su cerebro le tenía preocupado desde que sufrió el accidente con el «Matra», en la carretera de Leeds, pensó que lo mejor sería ir a visitar al doctor Hoolidge, quien, en el peor de los casos, podría recomendarle a un psiquiatra. Barruntaba que algo andaba suelto en su cerebro.

Algo más sosegado, se dirigió al cuarto de baño. Las puertas de las respectivas alcobas de su madre y hermana estaban cerradas. Era muy temprano aún para que estuvieran levantadas. Procuró no hacer ruido y se duchó y aseó, regresando a su cuarto, donde se vistió con ropas nuevas sacadas del armario.

Había sido una suerte para él que Mike Stuart le pagase dos mil cuatrocientas libras por sus cuadros. La vida de Denis había cambiado con aquel dinero. Y podía ganar mucho más, si continuaba pintando.

Era ya casi día claro cuando salió de la casa, sin hacer ruido, para no despertar a su familia. Se dirigió hacia Wimbledon. Pensaba tomar el desayuno en una cafetería que no cerraba las veinticuatro horas del día.

Y fue precisamente allí, ante la entrada del establecimiento, donde vio el deportivo «Maseratti-Coupé», color rojo, que viera antes en Somerset Street. Profesional del automóvil, un vehículo de tales características no podía pasar desapercibido ante los ojos de Denis.

—Podría comprarme uno como ése —musitó, sonriendo.

Y quizá era la primera vez que Denis Lowry sonreía en muchos días.

Entró en el establecimiento. Había una pareja en el mostrador, de espaldas. Él era recio, velludo, de larga y revuelta cabellera, y muy estrafalario en sus ropas. Ella, por el contrario, era más

delicada, rubia, moderna y jovial. Ambos hablaban en voz alta.

—¡Fantástico, Ernie! —exclamaba ella, alegremente—. ¡Nos casamos y yo trabajo para ti!

¡Aquella voz…!

Ernie se fijó particularmente en la joven, la cual se volvió en aquel preciso instante, para mirar hacia la puerta. Era Joy Magruder, acompañada por el individuo al que había prometido no volver a ver.

—Hola —saludó Denis—. Londres se está convirtiendo en una aldea.

—¡Vaya, si es el farsante! —Declaró Joy, bajando de su banquillo—. ¿Cómo estás, Denis? ¿Molesto conmigo?

—No, ¿por qué?

—Mis críticas no te han favorecido mucho. Aunque estáis de suerte porque los expertos se encuentran fuera del país.

—¡Eh, Joy, preséntame! —pidió el tipo que acompañaba a la joven—. ¿Quién es tu amigo?

—Un famoso pintor fallecido, Ernie… Denis Lowry, éste es Ernie Gogh von Rembrandt, alias Dicky, truhán, granuja y vividor.

—¡Eh, un respeto! —farfulló Ernie, que daba muestras de no haber dormido en varias noches y de haber ingerido una gran cantidad de *whisky* o marihuana.

—No consigo quitármelo de encima, Denis. ¿Me ayudas a librarme de Dicky?

—Si me prestas una libra me voy, Denis —dijo Ernie.

Denis, mirando a Joy, sacó un rollo de dinero del bolsillo y retiró una libra, dándosela al compañero de la joven.

—¿Lo volveré a ver? —preguntó.

—No —respondió Joy, alegremente—. Pero no importa. Ernie es un buen chico. No tiene tu suerte. ¿Qué haces aquí?

—He venido a tomar algo.

—Gracias, Denis. Eres mi padre. ¿Me dejas tu coche para volver a la City, Joy? —preguntó Ernie, mientras se dirigía a la puerta, tambaleándose.

—¡No! ¡Te denunciaré si lo tomas!

—Está bien. Hoy te has portado inicuamente conmigo. Pero te perdono, *honey*. Te llamaré mañana. Adiós.

Ernie salió con paso inseguro. Denis se acercó a la barra, donde

una camarera le preguntó qué deseaba. Joy se sentó a su lado, tomándole amistosamente del brazo.

—Nunca me he alegrado tanto de ver a nadie… No he dormido en toda la noche. Estaba deprimida y, cuando salí del periódico, Ernie me estaba esperando. Me sorprende lo fácil que ha sido librarme de él. Ya empezaba a pensar en utilizar mi tarjeta de crédito.

Denis sonrió y miró a Joy.

—Pues yo también me alegro de verte… ¡De veras! Había pensado visitar a un médico.

—¿Te sientes mal?

—Estoy muy inquieto y he pasado mala noche… Pesadillas.

—Eso debe ser la conciencia, que no la tienes tranquila. De todas formas, tu negocio con Mike Stuart no prosperará. Estoy segura.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien. Se lo dije a Stuart. Los muertos no vuelven a dirigir la obra pictórica de los vivos.

—Yo nunca he pretendido…

—¡Pero Mike Stuart, sí! —exclamó Joy, frotándose el rostro, como para borrar las huellas del cansancio—. Perdóname. Me siento como vuelta al revés. Pero me he alegrado mucho de verte. Tu aparición ha sido providencial.

—Me alegro, señorita Magruder.

—Llámame Joy. Sólo tengo veintitrés años.

—¿Es tuyo ese carro de ahí fuera?

—Sí. ¿Te gusta?

—¡Mucho! Estaba pensando en adquirir uno igual.

—¿Con el importe de la falsificación?

Denis frunció el ceño.

—No he falsificado nada.

—La firma de Cecil Baker.

—Eso es pura coincidencia. Puse esas letras cómo podía haber puesto mis iniciales.

—Eso es lo que debías haber hecho y no mezclarte en los negocios sucios de Mike. Nadie puede atribuirse una obra que no le pertenece.

—Los cuadros son míos.

—No lo dudo. Pero Stuart afirma que Cecil Baker te dirige desde

el Más Allá. Y hasta llegué a pensar en que podía ser cierto. Pero es absurdo… ¡Cecil Baker no pintó nunca como tú lo haces! He estudiado a fondo la obra de Baker estos días. Era un loco extraño, un bígamo y un paranoico, muy capaz de prenderse fuego para huir de las miserias de este mundo… ¡Pero incapaz de pintar nada después de muerto!

—Si los cuadros que Stuart atribuye a ese Baker no los hubiera pintado yo, se podría creer que él no está muerto —apuntó Denis, tomando el pan tostado y procediendo a untarlo con mermelada, de la tarrina que la camarera había situado ante él.

—¿Crees que no lo he pensado también? Tuve una inquietante visión, como un sueño, estando despierta. Y creí ver algo horripilante, monstruoso y sobrenatural, situado detrás de ti, mientras tú pintabas.

—¿El espíritu de Cecil Baker? —ironizó Denis, que gozaba con la compañía de Joy.

—No bromees. No creo en espíritus.

En aquel instante, un coche negro se detuvo junto al «Maseratti-Coupé» de Joy. Tres hombres bien vestidos, con ropas de verano, desmontaron. Uno señaló hacia el interior de la cafetería, mientras se inclinaba sobre el coche deportivo y abría la guantera, sacando el auricular del radioteléfono.

—Sí, Jack. Lo hemos encontrado. Está aquí, en Park Avenue. Ahora hablaremos con ella. ¿Y el otro…? ¿No está en su casa? ¡Vaya! Hay que localizarlo cuanto antes. Que se vigilen las estaciones y aeropuertos… Bien.

El sujeto, un inspector de Scotland Yard, llamado Lowes, colgó el teléfono y cerró la guantera. Luego, seguido de sus dos hombres, se dirigió al establecimiento, entrando todos y acercándose a la pareja que conversaba en el mostrador.

—¿La señorita Magruder? —preguntó el inspector.

Joy se volvió, sorprendida.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Soy el inspector Harry Lowes, de Scotland Yard. La hemos localizado por el radiocontrol de su coche. Necesitamos hacerle unas preguntas acerca de… —Lowes miró a Denis Lowry—. ¿Lleva usted mucho tiempo con ella?

—¿Qué es lo que sucede, inspector? —insistió Joy.

—¿Conoce usted a Mike Stuart, dueño de una sala de exposiciones en Somerset Street?

—Sí, naturalmente.

—Ha sido asesinado. Su cuerpo ha sido hallado en el cementerio de Dartford, dentro de una fosa… ¡Estaba en una tumba vacía!

CAPÍTULO IV

Una exclamación ahogada de Denis Lowry, ante la revelación del inspector, hizo que éste se fijase intensamente en él.

—¿Conocía usted también al señor Stuart?

—Sí… ¡Qué horrible!

—¿Cómo se llama usted?

—Lowry… Denis Lowry.

Joy Magruder no se había repuesto aún de su estupor y permanecía con la boca abierta, mirando estúpidamente a la autoridad. Pero el semblante de Harry Lowes se animó al oír a Denis.

—También le buscamos a usted, amigo. ¿Quieren acompañarnos ambos? Deseamos hacerles unas preguntas.

—¿No creerán ustedes que yo…? —empezó a preguntar Denis.

—Nosotros no creemos nada. Sólo comprobamos. Si hemos venido en busca de la señorita Magruder es por una razón. Ella y el señor Stuart sostuvieron una violenta discusión hace poco.

—Sí, pero…

—Por favor, no la acusamos de nada. Sabemos muy bien quién es usted. Sólo queremos verificar ciertos datos. ¿Nos acompañan?

—Debo llamar a mí padre —dijo Joy, resueltamente.

—Él sabe que la estamos buscando. Nos sugirió utilizar el coordinador de microondas para localizar su coche. Por eso hemos venido. En cuanto a usted, señor Lowry, otros agentes se han dirigido a su casa. Parece que acababa usted de salir. ¿Ha dormido en su cama?

—Sí… Yo vi anoche a Mike Stuart… Bueno, creo que fue anoche; no estoy seguro.

—Vengan ambos, por favor.

Denis entregó un billete a la sorprendida camarera y, sin esperar el cambio, salió en pos de los agentes. El inspector Lowes y Joy les

siguieron. Una vez en la calle, Lowes dijo:

—Angus, acompaña a la señorita Magruder. Es conveniente que conduzcas tú.

—Sí, inspector. ¿Tiene usted la bondad, señorita?

Denis fue acompañado hasta el coche negro. Una vez sentado en el departamento posterior, el hombre que tomó el volante, a una seña del inspector, descolgó el teléfono y tendió el auricular a su jefe.

—Aquí Lowes. Hemos encontrado a Denis Lowry, Jack. Estaba desayunando con Joy Magruder. Sí, le llevamos. ¿Algo nuevo…? Entiendo… Sí, sí. Bien. Pronto estaremos ahí… ¡Vaya un magnífico amanecer!

Devolvió Lowes el radioteléfono a su subordinado y se volvió al aturdido Denis.

—¿De modo que vio usted anoche a Mike Stuart? ¿A qué hora fue eso?

—No lo sé… A las once, creo. Me esperaba con su coche cerca de Donovan Street.

—¿Dónde fueron? ¿Qué relación tiene usted con él?

—Es mi *merchant*.

—¿Es usted pintor?

—Bueno, pinto.

—¿Fueron anoche a Dartford?

—¿Adónde…? No, no lo recuerdo. Escuche, señor. No lo creerá, pero tengo como un vacío en la mente. Estuve con el señor Stuart, pero no puedo asegurar si fue anoche u otro día… ¡Estoy muy confuso!

Lowes sonrió.

—Procure recapacitar. Efectuamos una investigación por encargo de la Superintendencia de Dartford. Nos avisaron de haber encontrado el cadáver de Mike Stuart dentro de la tumba vacía de un tal Cecil Baker, quien parece haber sido también pintor y murió hace tres años, en un incendio, cerca de Dartford.

—¡Dios mío! —exclamó Denis—. ¿Estaba la tumba vacía?

—No se sabe lo que ocurrió. Se han encontrado varias herramientas de hierro, una lámpara eléctrica, con abundantes huellas dactilares, y el cadáver de Mike Stuart.

»Nos interesa averiguar todo lo que podamos acerca de él y sus

últimas andanzas. Sabemos que usted estaba relacionado con él últimamente. Y en su casa nos han dicho, hace una hora, que salió sin decir nada, después de cenar. ¿Fue a verse con usted?

—Pudo ser —admitió Denis, que parecía convertido en gelatina —. Escuche, inspector, debe usted comprenderme. Padezco trastornos mentales con frecuencia. Vivo en un estado de agobiante excitación, desde que sufrí el accidente. No soy el mismo de antes y esa afición a la pintura, que se ha despertado en mí, lo confirma.

»Hoy mismo me he despertado con una terrible sensación de angustia. Había pensado ir a ver a mí médico. No es normal lo que me ocurre.

—Tampoco es normal que desaparezca un cadáver de su ataúd y se encuentre a un hombre muerto en su lugar. El vigilante del cementerio escuchó un alarido, poco después de la una de la madrugada. Temiendo que hubiera podido ocurrir algo, fue a echar un vistazo y se encontró abierta la tumba de Cecil Baker.

»Pero no es eso solo. Alguien había estado allí pocos días antes… ¡Alguien que nos ha descrito como un joven barbudo y pelirrojo!

—¡Yo no he estado en ningún cementerio! —exclamó Denis.

—No quiero contradecirle, señor Lowry —repuso Harry Lowes —. Pero el testigo le examinará. ¿Dice que sufrió un accidente?

—Sí, probando un coche para la Vauxhall Motors… Fue hace un año… El coche de Boby Craig, el delantero del Ashton.

—¡Ah, ya recuerdo! ¿Cómo conoció a Mike Stuart?

—Pinté unos cuadros, al salir del hospital de Leed. Mi hermana dijo que no valían nada y yo llegué a creerlo, hasta que encontré al señor Stuart, quien me ofreció su sala para celebrar una exposición.

»Gracias a esos cuadros he cobrado dos mil cuatrocientas libras.

—¿Se vendieron todos?

—No. Se los quedó el señor Stuart. Dijo que los enviaría a Estados Unidos. Allí, la obra de Cecil Baker es muy conocida.

—¿Qué tiene que ver Cecil Baker con esto? —Quiso saber Lowes.

Denis se estrujó las manos, confusamente.

—Eso es lo que no entiendo. Según opina la señorita Magruder, yo no he pintado esos cuadros. Debieron ser obra de Cecil Baker, antes de morir.

—¡Alto, vamos a ir por partes! —exclamó Lowes—. ¿Quién ha pintado los cuadros?

—Yo. Pero lo he hecho en circunstancias muy especiales… ¡como inspirado por alguien, por un espíritu!

Harry Lowes sonrió.

—Cuidado, Lowry. Soy un criminólogo, no un espiritista. Y estoy investigando un caso de asesinato. No quiera tomarme el pelo.

—Lo siento, inspector.

* * *

En la antesala de la inspección de guardia de Whitehall, entre numerosos funcionarios que iban y venían, Denis observó a dos mujeres de elegante porte y cierta edad, que los cosméticos trataban de disimular, sentadas en sendas butacas. Ambas parecían excitadas, pero la más joven, de unos cuarenta años, tenía los ojos enrojecidos.

Un *policeman* se acercó a Lowes y le dijo:

—Han llegado los señores Baker y Stuart.

Estos nombres hicieron que Denis se fijase más en ellas. Pero en aquel instante llegaba también el agente Angus, acompañando a Joy, quien hablaba vivamente con un hombre de edad, elegante y de buena presencia, a quien Denis consideró como el padre de la muchacha.

—Atiéndelas, Eddie. Luego las llamaré… Venga, Lowry.

Denis siguió al inspector a un amplio despacho, en donde había cuatro hombres de paisano y un agente de uniforme, situado junto a la puerta.

Uno de los hombres, delgado, barbudo y amedrentado, se puso en pie al ver a Denis.

—¡Ése es! —exclamó—. ¡Vino varias veces al cementerio!

Denis no se inmutó. Jamás había visto al vigilante del cementerio de Dartford, o, al menos, eso creía. Las sorpresas, sin embargo, no habían terminado aún para él.

—Siéntese, Lowry —dijo Lowes—. Bill, por favor, tome a este muchacho las huellas dactilares… Se trata de una comprobación.

El hombre llamado Bill se inclinó al oído de su jefe y musitó

unas palabras. El más vivo estupor apareció en el semblante de Lowes.

—¿Eh? —exclamó—. ¿Es eso posible?

El otro asintió.

Sin embargo, poco después, Lowry dejaba sus improntas digitales en una cartulina blanca. No era una ficha dactiloscópica en regla, sino huellas para una comprobación preliminar. Se le hizo un trabajo rápido e informal.

Pero el resultado fue sorprendente, especialmente para el propio Denis, puesto que el agente, una vez hecha la verificación, se acercó de nuevo a la mesa y dijo a Harry Lowes:

—Son las mismas huellas encontradas en la lámpara y en las herramientas.

—¿Y dice usted que no estuvo anoche en el cementerio de Dartford, Lowry? —increpó el inspector—. El guarda le ha reconocido. Y sus huellas son las mismas que había en los objetos hallados junto al cadáver de Michael Stuart. Lo siento, Lowry. No tengo más remedio que arrestarle.

Denis no respondió. Bajó la vista al suelo y apretó los labios. No sentía ni temor, ni sorpresa. En el fondo de su alma, parecía estar esperando una revelación semejante.

—¿Qué me dice, Lowry? —insistió el inspector, mirándole intensamente.

—Déjemelo, jefe —habló uno de los agentes—. Mac y yo lo ablandaremos.

—No, Steve. Este caso compite a las autoridades de Dartford. Nosotros nos limitamos a cumplir la ordenanza. Encerradlo.

El llamado Steve y Bill asieron a Denis de ambos brazos y lo condujeron a la puerta.

—Que pase Joy Magruder, Bill.

—Sí, inspector.

Denis se cruzó con Joy y su padre en la antesala. Ella le miró con ojos muy abiertos y exclamó:

—¡Denis! ¿Qué ocurre?

—Me culpan del asesinato de Mike… ¡Pero soy inocente!

Una de las mujeres de los sillones emitió un alarido estridente. El *policeman* que se hallaba a su lado, trató de sosegarla, sujetándola de los hombros.

Bill y Steve se alejaron rápidamente, llevándose a Denis hacia la entrada de la escalera principal.

—Entremos —dijo Angus, que había captado el gesto de su compañero Steve—. El inspector nos aguarda.

Kenneth Magruder asintió, siguiendo a su hija hasta el despacho de Harry Lowes, donde el guarda del cementerio estaba firmando una declaración.

—Puede retirarse, señor Moniz. Y gracias por su colaboración.

El hombre asintió y salió sin decir nada. Mientras, Lowes estrechaba la mano del padre de Joy, rogándole:

—Siéntese, señor Magruder… Usted también, señorita. Comprendan que lamento…

—Déjese de preámbulos, inspector —atajó Kenneth Magruder—. Las cortesías para otra ocasión. Le ruego la mayor brevedad.

Lowes envolvió al padre de Joy en una mirada despectiva y preguntó a la muchacha:

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—En el cementerio de Dartford —respondió ella, secamente, con mirada de desafío—. Fui con Denis a desenterrar a Cecil Baker.

Harry Lowes estuvo a punto de dar un brinco en su asiento.

—¿Cómo? ¿Lo confiesa usted?

—¿Qué estás diciendo, Joy? —gritó su padre, alarmado.

—Y no diré ni media palabra más, para no perjudicar a nadie.

—¿Se da cuenta de lo que ha dicho?

—Sí, inspector —repuso la joven, retadoramente.

—¡Usted no puede creer eso! ¿Es que te has vuelto loca, hija mía?

—Lo siento, papá. Tratan de culpar a Denis…

—Él sí que estuvo en ese cementerio anoche —repuso Lowes—. Hemos encontrado sus huellas digitales en la lámpara hallada junto al cadáver de Michael Stuart.

—Las mías no las encontrará usted, porque yo no toqué nada —dijo Joy.

—¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Les acompañaba el señor Stuart? ¿Qué esperaban encontrar en los restos mortales de Cecil Baker?

—¡Su secreto!

—¡Basta, Joy! —exclamó Kenneth Magruder, secamente—. No permito que sigas diciendo bobadas. Sé que anoche estuviste en

varios lugares de la City, con un tipo poco recomendable, llamado Dick Murphy… ¡Pero no estuviste en Dartford!

—¿Es que me vigilas, papá? —chilló la joven.

—Sí. Pago una agencia privada de investigación. He llamado esta misma mañana y me han dicho en todos los sitios que estuviste.

—¿Te han dicho que estuve en Klak's hasta las tres?

—Sí.

—Pues te han informado mal, porque salí sin ser vista, disfrazada de hombre, para ir a reunirme con Denis.

—¿Qué se propone usted, señorita Magruder? —preguntó el inspector Lowes—. No va a conseguir nada tratando de proteger a ese muchacho. De todas formas, señor Magruder, encontramos a su hija en compañía de Lowry. Y, si he de serle sincero, ninguno de los dos parecía venir de una violación de tumbas.

—¿No le parece que todo esto es muy extraño, inspector? —inquirió el padre de Joy.

—Sí, bastante. Y no podré hacer nada por su hija, si se empeña en echarse culpas encima. El caso depende de las autoridades de Dartford. Sí, pase, Tomrod. ¿Qué ocurre?

Un agente de paisano había aparecido en la puerta.

—Se trata de la señora Baker, inspector. Ha sufrido un colapso nervioso.

—¡Avisen a un médico!

—Ya está siendo atendida, inspector. Pero dice cosas muy extrañas. ¿Quiere venir un momento?

Harry Lowes se levantó, se disculpó ante Kenneth Magruder y abandonó el despacho. Fuera, en torno al sillón donde yacía Camille Baker, se habían reunido numerosas personas.

La mujer estaba reclinada en el asiento, con la cabeza hacia atrás, jadeando, pálida y descompuesta. Lowes se abrió paso, preguntando:

—¿Qué ocurre?

—Un ataque de histeria, producido por la excitación —dijo un hombre que sostenía la cabeza de la mujer—. Le daré un sedante.

—¡Está vivo! ¡Es un cadáver huido de la tumba! —gritó Camille Baker, en aquel instante, retorciéndose—. ¡Lo sé! ¡Él ha matado a Mike Stuart!

Camille Baker forcejeaba violentamente para librarse de las

manos de los agentes que la sujetaban. Lowes también ayudó a retenerla, mientras preguntaba:

—¿Qué quiere usted decir, señora Baker?

—¡Cecil ha vuelto! ¡Su espíritu anda suelto por aquí! ¡Lo he visto!

—¡Sujétenla, por Dios! —exclamó el médico—. Voy a inyectarle un tranquilizante.

A pesar de sus forcejeos, Camille Baker fue dominada, inyectada y sosegada. Pero antes, Harry Lowes escuchó frases incoherentes de sus labios, y algunas palabras le dejaron perplejo.

—Será mejor que la lleven al despacho de Donald —dijo Lowes —. Que alguien la vigile. Tengo que hablar con ella cuando se recupere.

Una mujer, que había permanecido apartada del grupo, en medio de la confusión, se acercó al inspector. Era la esposa de Mike Stuart.

—Señor, no puedo resistir más… Esto es superior a mis fuerzas. ¿Por qué me han hecho venir? ¿Dónde está mi esposo?

—Tranquilícese, señora Stuart. Enseguida la atiendo.

—¿Es cierto que Mike está muerto?

Lowes la miró intensamente.

—Sí. Habrá de ir usted a Dartford a reconocimiento e identificación. Pero deseo hacerle antes unas preguntas.

Y fue entonces cuando la señora Stuart hizo una sorprendente declaración:

—A Mike le ha matado Cecil Baker… ¡Un muerto ha asesinado a mí esposo!

—¿Qué está usted diciendo, señora?

—¡Camille lo ha dicho! ¡Ha sido Cecil Baker quien le ha matado, llamándole a su tumba! ¡Lo sé muy bien!

—¡Cállese! ¿Es que quiere volverme loco?

Harry Lowes sabía ya, por un informe pericial previo, que en la garganta de Mike Stuart se habían encontrado huellas, posiblemente causadas por el asesino al estrangular a su víctima, ¡y tales vestigios no correspondían a manos de carne y hueso!

¡Mike Stuart fue estrangulado por un esqueleto de nueve dedos!

CAPÍTULO V

Denis entró en la celda, ocupada por una litera y una silla, y se quedó rígido, con la mirada perdida en el vacío, mientras el agente Steve decía al encargado de la guardia:

—Está incomunicado y a disposición del inspector Lowes. No puede hablar absolutamente con nadie.

—Comprendido, señor —replicó el uniformado policía, asintiendo y cerrando la puerta.

Denis no escuchó estas palabras. Estaba como ensimismado, aturdido o fuera de sí. Sin embargo, al poco reaccionó y se sentó en la silla. Le habían quitado todo lo que llevaba en los bolsillos, antes de encerrarle. Incluso le arrebataron el cinto y los cordones de los zapatos.

Pero todo cuanto le había ocurrido desde que se levantó del lecho, aquella mañana, hasta entonces, no parecía extrañarle. Trataba de averiguar qué ocurrió la víspera. Y los acontecimientos parecían ir aclarando la verdad.

Ya estaba seguro de haberse encontrado con Mike Stuart, en la esquina de Donovan Street. Recordaba, incluso, que el *merchant* le abrió la portezuela de su «Lancia», diciéndole: «Has sido puntual, Denis».

Después de aquel encuentro, la más impenetrable oscuridad reinaba en su mente. Denis no lograba recordar nada más. En cambio, como si se hubiera liberado de una pesadilla, recordaba con nítida claridad todo cuanto hizo hasta que sufrió el accidente de automóvil.

El tiempo no parecía haber transcurrido para él. Y le constaba que había estado postrado en una cama del hospital de Leed, que luego abandonó el hospital, acompañado de su madre y su hermana, y que volvió a su casa, donde estuvo varios meses pintando extraños cuadros de fuego y muerte.

La verdad era inconcebible para él. Pero en los retazos sueltos de ideas desordenadas, algo se afirmaba, haciéndole empezar a concebir que su mente, quizá debido al accidente sufrido, se había alterado.

Y, por si fuera poco, el esfuerzo que realizó, tratando de averiguar la verdad, le produjo tan fuerte dolor de cabeza, que se vio obligado a tenderse en la litera.

Entonces sufrió una alucinante pesadilla. Se vio, en medio de la oscuridad, empujado por algo fétido y descompuesto, que pareció surgir ante él. Creyó haber visto apagarse una luz. Pero el horror de la presencia ultrahumana, de la muerte en vida extracorporal, le paralizó los sentidos.

El hálito mortal que brotó del ataúd debió materializar una incomprensible energía fatídica… ¡Y pese a la oscuridad reinante, Denis vio perfectamente un despojo humano, envuelto en su sudario pestilente, alzarse con las manos descarnadas hacia el agujero de la tumba, ante el que se encontraba el asustado Mike Stuart!

Y oyó con escalofriante claridad, el alarido proferido por el *merchant*. Y vio los huesos descarnados y negros de las manos del muerto ceñirse férreamente a la garganta de la víctima, cuyo alarido se convirtió en jadeo preagónico y gorgojeante.

Luego, siempre paralizado por una fuerza exterior inaudita, Denis vio caer el cuerpo de Mike Stuart, quedando ovillado en un rincón de la fosa. Y percibió la huida del ser o monstruo que había permanecido sepultado en el féretro durante tres años… ¡a la vez que algo invisible huía también de su mente!

Denis se despertó en aquel instante. Abrió los ojos, desmesuradamente, y se vio ante el inspector Harry Lowes, que vestía las mismas ropas de antes. El agente Angus estaba a su lado.

—Hola, Denis —habló Lowes—. ¿Estabas soñando?

—¿Eh…? ¡Sí, algo horrible y espantoso, señor!

—No me extraña. Hasta yo acabaré viendo fantasmas. Levántate. Quiero que nos acompañes al cementerio de Dartford.

Denis se incorporó, mirando en derredor, como extrañado de hallarse en aquella sombría celda.

—¿Estoy detenido?

—Sí. Medidas de prevención. Eres el personaje clave de este caso.

—¡Yo no maté al señor Stuart! —exclamó Denis, levantándose y poniéndose frente al inspector—. ¡Fue Cecil Baker!

—Se me hace muy difícil creer eso —repuso Lowes, seriamente—. Pero si encuentro la prueba… Bueno, tengo el ánimo dispuesto a creer en todo. Mis colegas de Dartford, empero, no creen en espíritus. Además, jamás se ha dado el caso de un muerto que mate a un vivo. Debe existir una explicación más lógica y racional.

—¡No la hay! —exclamó Denis—. ¿Cómo iba yo a pintar cuadros del mismo modo que lo hacía Cecil Baker, si su espíritu no se hubiera introducido en mi mente?

—Escucha, Denis Lowry —atajó Lowes—. Todo eso está muy bien para una sesión de viejas espiritistas histéricas, pero yo soy un funcionario de la policía de Londres, habituado a hechos reales y concretos.

»Desconozco lo que hay en el Más Allá, pero sé muy bien todo lo que existe en este desordenado mundo. Mi deber es investigar el caso con lógica y descartar todo lo que la ley ha de rechazar inexorablemente.

»Hechos y no visiones ultraterrenas. Los hechos están claros: tú y Mike Stuart fuisteis anoche al cementerio de Dartford y profanasteis la tumba de Cecil Baker. Eso está probado. Él fue hallado muerto allí y tus huellas aparecen por todas partes. Además, de once de la noche a las cuatro de la madrugada, no estuviste en tu casa. Lo hemos comprobado. Hemos encontrado el coche de Stuart detrás de tu casa, con las llaves puestas en el contacto.

»¿Más hechos? Joy Magruder, que ha tratado de protegerte, no sé por qué, aunque lo imagino, ha mentido al decir que fue contigo. Uno de los guardas del cementerio te ha visto merodeando por allí. Incluso dice que limpiaste la tumba de Cecil Baker, porque la histérica de su mujer hubiese querido hasta borrar la lápida.

»Y, a propósito de Camille Baker, también te han visto por los alrededores de Drisdee House, la semana pasada. La viuda de Baker te ha reconocido, así como una criada.

—Sé que Drisdee House está cerca de Dartford —exclamó Denis, con vehemencia—. Pero nunca he estado allí.

—Tu falta de memoria no te ayudará nada en Old Bailey, compréndelo, Denis. Allí se juzga a personas de carne y hueso, no a fantasmas.

»Pero, por otra parte, desgraciadamente, hay otros hechos. Las huellas de tus dedos, por ejemplo, no aparecen en el cuello de Mike Stuart. Según el informe pericial se trata de nueve señales que harán bailar cabeza abajo a muchos juristas.

—¿Qué quiere usted decir, inspector? —preguntó Denis, esperanzado.

—Que tus manos no podían dejar las improntas descubiertas en la garganta del cadáver de Mike Stuart. Y eso me preocupa. También estamos investigando tus cuadros. Al parecer, Stuart los llevó a su casa y los guardó bajo siete llaves. Si hubiera alguna forma de probar que esos cuadros no existían antes de la muerte de Baker…

—¡Claro que la hay! ¡La pintura la he comprado yo en una tienda de Picadilly!

—Sí, pero también hay que probar algo más difícil aún —repuso Lowes—. Me refiero a la teoría de Stuart, de que es el estilo de Baker. Parece ser que no existen dos pintores que tengan el mismo trazo de pincel. A Baker le faltaba un dedo.

—¿Ha dicho usted que Stuart presenta nueve señales en la garganta? —preguntó Denis.

—Sí —admitió Harry Lowes, pensativo—. Eso he dicho. Vamos, Denis; nos esperan en el cementerio de Dartford.

* * *

A la luz del sol, el aspecto de un cementerio no parece nada sobrecogedor e impresionante. Los muertos, de día, parecen no existir. Empero, Denis, caminando entre los representantes de la fuerza pública, no pudo sustraerse a una nefasta impresión, como si entre aquellas tumbas, mausoleos y nichos, entre los seculares cipreses, se estuviera fraguando su trágico destino.

Algunos agentes de uniforme les acompañaban. Otros se habían quedado en los coches, a la entrada del cementerio. Un miembro de la policía local, había dicho:

—Penetraron por el muro norte. Hemos encontrado las huellas del coche y las raspaduras en el muro. Habían colocado un montón de piedras.

Lowes y el superintendente Malcom caminaban delante del grupo, hablando en voz baja. Denis podía escuchar retazos de su conversación:

—… Un trozo de tejido negro, podrido…

—¿Prendido entre los dedos del muerto?

—… Y enganchado en los ramajes del ciprés, del mismo ropaje.

Un *policeman* vigilaba junto a la tumba abierta. Saludó a los recién llegados. Denis tuvo la certeza absoluta de haber estado allí anteriormente. Miró la losa, desplazada de su sitio y luego al interior de la fosa, situándose junto al inspector Lowes.

—Creo haber estado aquí antes —musitó, viendo el deteriorado féretro que había en el fondo.

—Nosotros estamos seguros —replicó Lowes—. Esta tumba la abristeis tú y Mike Stuart.

—¡Debíamos estar locos! —exclamó Denis—. Nadie, con sus cinco sentidos, vendría aquí, de noche, a sacar a un muerto de su fosa.

—¡Desde luego! —farfulló el superintendente Malcom, de mal talante—. ¿Sigue usted obstinado en negar?

—No —dijo Denis—. Es posible que lo hiciera. Pero no lo recuerdo.

—¡A mí con amnesias no, muchacho!

—Lo siento, señor. No me importan las consecuencias, pero le digo la verdad.

—¿Dónde encontraron esos jirones de ropa, Malcom? —preguntó Lowes, para cambiar el sesgo de la conversación.

—Allí —señaló el superintendente, con el brazo estirado, indicando los cipreses, junto a un camino.

Lowes y Angus se fueron hacia allá, mientras los agentes locales rodeaban a Denis, como si temieran una huida.

—¿Dónde está el cuerpo de Mike Stuart? —preguntó entonces Denis.

—En el depósito del hospital. La autopsia no ha concluido aún —contestó Malcom—. ¿No quiere admitir que le mató usted?

—¡No, yo no fui! ¡Y si lo hice, no era dueño de mis actos! ¡Creo que yo estaba ahí abajo, en la oscuridad! ¡Mike gritó y luego cayó, quedando en ese rincón!

—¡Exactamente donde le encontramos! —exclamó Malcom.

—No niego haber estado aquí anoche. Pero lo que pasó es muy distinto a lo que ustedes creen. ¡Fue el muerto quien…!

—¡Y un cuerno como una montaña de grande! —rugió Malcom—. No siga diciendo tonterías, porque nadie le creerá.

Sin embargo, después de haber hablado con Harry Lowes, la duda empezaba a causar mella en el superintendente Malcom. ¿Y si en todo aquel caso había algo sobrenatural o extraordinario, que se escapaba de la realidad material?

Los muertos no pueden resucitar, por supuesto, y mucho menos asesinar a los vivos. Pero ¿y las huellas en la piel del cuello del *merchant*? ¿A qué o a quién atribuirlas?

Harry Lowes, por su parte, hablaba con el agente Angus, mientras examinaban el terreno circundante, junto a los cipreses.

—Esta tarde iremos a Drisdee House. Tú te quedarás en la superintendencia. Me interesa que desempolves el informe de la muerte de Cecil Baker. Pero haz las cosas de modo que Malcom no lo sepa, ¿entiendes, Angus?

—Habré de pedírselo a sus hombres.

—Como cosa tuya… Finge curiosidad. Estamos sobre terreno resbaladizo, Angus. Las historias de espectros y vampiros no encajan bien en este siglo, pero algo me dice que sólo ese muerto puede aclararnos la cosa.

—¿No irá usted a decirme que Cecil Baker ha resucitado, eh?

—No lo sé… ¡Tal vez!

Poco después, a unos cincuenta metros, Lowes se detuvo ante un seto espinoso. Y con sumo cuidado recogió un fragmento de tejido negro que vio prendido en las matas. Angus se acercó inmediatamente.

—¿Qué es?

—Algo similar a lo que han encontrado ellos. Y sospecho que el *cadáver-viviente* no ha sido muy cuidadoso al huir hacia el muro norte, porque su rastro está claro.

—¡Todo esto es absurdo, inspector! —estalló Angus.

—Lo sé. Pero a falta de otra explicación mejor hay que creer en que Denis Lowry mató a Mike Stuart, valiéndose de algún truco que confía en hacérnoslo parecer como sobrenatural.

—Yo creo que Stuart fue muerto en otro lugar y transportado hasta aquí —expuso Angus, mientras Lowes guardaba el hallazgo en

un sobre que extrajo del bolsillo.

—¿Y cómo le mataron?

—Con alguna especie de tenaza de hierro, en forma de manos de esqueleto.

—Muy artificioso, Angus. Si sigues así, no ascenderás ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? La existencia del hombre, amigo mío, es una incógnita. La muerte, lo es mucho más.

—¿Supone usted que hay algo sobrenatural en el caso? —preguntó Angus, sorprendido.

—Todo lo que no comprendemos tiene algo de sobrenatural, Angus —repuso Lowes, caminando de regreso hacia donde estaban los otros agentes—. Podía desentenderme del asunto, porque mi guardia termina esta tarde. Pero he pedido al jefe que me permita continuar. Hay algo que me apasiona en este asunto.

—No le entiendo. Para mí la cosa está clara. Ese loco de Lowry mató a Stuart, utilizando algún truco pan hacerlo parecer sobrenatural. Los restos mortales de Cecil Baker aparecerán en alguna parte.

—No es así de simple, no. Estoy por jurar que Denis Lowry es una de las víctimas, no el culpable.

Denis, ante el superintendente Malcom, continuaba jurando y perjurando su inocencia. Otro agente sugirió:

—¿Por qué no le llevamos a que le reconozca un psiquiatra, jefe?

—No es mala idea —intervino Lowes—. Si me lo permiten, conozco a un psicoanalista en Londres que nos hará un buen informe de la psicología de este mecánico-pintor. Tal vez encontremos en ello la clave del misterio.

—¿Habla usted en serio, inspector Lowes? —Se sorprendió Malcom.

—Absolutamente en serio. ¿Quieres someterte a tratamiento psiquiátrico, Denis?

—Si con ello demuestro mi inocencia…

—Mañana me ocuparé de ello. Ahora, reconstruyamos los hechos. Quiero visitar esta tarde Drisdee House. La señora Baker nos espera.

La simulación de lo ocurrido, a juzgar por los datos obtenidos, sólo reveló lo que era lógico suponer: Denis y Mike Stuart pelearon

y el joven estranguló al *merchant*. Sólo quedaba un interrogante: ¿cómo?

—Si yo lo hice —admitió Denis—, no estaba en mi sano juicio. No recuerdo nada de lo que sucedió anoche, excepto que salí de casa para encontrarme con Mike Stuart… ¡Pero ni siquiera recuerdo haber quedado citado con él! ¡No sé nada!

—Llegaron aquí en el «Lancia» —dijo Malcom—. Iban provistos de herramientas y lámpara. Saltaron el muro norte, colocando un montón de piedras. Denis Lowry conocía el terreno por haber estado aquí anteriormente.

»Una vez abierta la tumba, discutieron y Denis mató a Stuart, dejando su cadáver aquí y llevándose los restos de Cecil Baker, los cuales debió ocultar en alguna parte.

—¿En Drisdee House, por ejemplo? —sugirió Harry Lowes.

—¿Qué quiere usted decir, inspector? —preguntó Malcom, sorprendido.

—¡Oh, nada! Se me ha ocurrido decirlo. Ha sido impensadamente.

—Usted lleva algo oculto. ¿A qué viene eso? ¿Ha hablado con la señora Baker?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué la avisaron?

—Los restos mortales de su marido habían desaparecido. Y no estaba en Drisdee, sino en Londres, con la señora Stuart.

—También lo sé. Y es muy singular que las esposas de ambos muertos se hallaran juntas, mientras aquí ocurrían cosas extrañas, ¿no le parece, Malcom?

—Son amigas hace mucho tiempo.

—Sí, lo sé. Y tal vez sepan más de lo que confiesan. Desde luego, detrás de todo esto hay unos cuadros que, por lo poco que sé, deben valer mucho dinero. No debemos olvidarlo. Cuando un tipo como Stuart paga dos mil cuatrocientas libras por algo, es que piensa obtener muchísimo más… Mike Stuart era un zorro.

CAPÍTULO VI

Drisdee House era un edificio antiguo, situado sobre un acantilado, a orillas de la desembocadura del Támesis, rodeado de acacias y tilos, y de una arquitectura decimonónica, que Cecil Baker había hecho restaurar, en parte, al regresar de Estados Unidos.

El estudio del pintor, separado del edificio principal y que estuvo en un invernadero, había desaparecido, así como algunos árboles que lo circundaban. Pero otros añosos troncos mostraban aún las huellas que el fuego dejó en su corteza.

Al dejar el coche, Harry Lowes y el superintendente Malcom se dirigieron hacia la entrada de la casa.

—Allí estaba el invernadero, donde murió Cecil Baker —indicó Malcom—. Todo ha sido reparado, pero la señora Baker no ha querido que se reedificara.

—¿Estaba ella aquí cuando ocurrió el drama? —preguntó Lowes.

—No. Se hallaba en París. Ella y él no se llevaban bien, a consecuencias del proceso por bigamia. Baker se había casado con otra mujer en Estados Unidos. Hubo un juicio y Baker se libró de la cárcel, yendo a un manicomio.

»La muerte del pintor, por supuesto, favoreció a la señora Baker, a quien la ley reconoció sus derechos legítimos.

—¿Y la otra esposa?

—La americana regresó a su país con el rabo entre las piernas. Ya sabe usted lo reacios que somos aquí a soltar divisas.

—¿Era muy rico Cecil Baker?

—Tal vez no, pero sus cuadros se cotizaban muy bien. De haber vivido para pintar podía obtener una fortuna regular.

La puerta del zaguán se abrió antes de que los dos hombres llegasen a tocar el timbre. Una mujer delgada, alta, enlutada y de edad indefinida, apareció ante ellos, diciendo:

—Buenas tardes, caballeros… La señora les espera en el

gabinete.

Lowes sintió cierta aprensión al penetrar en el sombrío vestíbulo. Todo allí parecía tétrico, siniestro, antiguo. La decoración no favorecía nada al vetusto edificio de viejas alfombras, muebles de roble y hierro y cuadros de marco dorado.

Incluso la mujer parecía poseer movimientos siniestros y sibilinos, con su larga falda negra, su cabello cano y liso y su rostro enjuto y ojos hundidos.

Por un pasillo iluminado con bujías eléctricas, imitando velones antiguos, se dirigieron hacia la gran puerta de un salón, de donde salían voces apagadas.

La sirvienta abrió la puerta y dijo:

—Aquí están los señores que esperaba, *milady*.

Camille Baker, con una falda gris y una blusa, cerrada hasta el cuello, muy empolvada y cuidadosamente peinada, se levantó de un gran sillón, junto a la chimenea apagada. Un hombre elegantemente vestido, de largas patillas y ojos oscuros y brillantes, se hallaba de pie a su lado.

—¿Cómo está usted, señora Baker? —saludó Malcom—. Hola, doctor Niels. Le presento al inspector Lowes, de New Scotland Yard.

—¿Qué tal, señora…? Doctor…

—He avisado a mí médico porque estoy muy trastornada… Lamento lo que ocurrió esta mañana en su departamento, inspector. Lo siento de veras… Ana, sirve el té, por favor.

La sirvienta se retiró silenciosamente y los dos visitantes se sentaron frente a la dueña de la casa. El doctor Niels, por el contrario, continuó de pie, junto a Camille.

—Hemos realizado un simulacro de reconstrucción de los hechos. Desde luego, no tenemos duda de que Denis Lowry mató a Mike Stuart…

—Me temo que sufren ustedes un tremendo error —atajó la mujer, vivamente—. Yo sé que mi esposo, utilizando sus satánicos medios, ha vuelto a la vida.

—¡Eso es absurdo, señora! Nosotros no podemos…

—¿Está usted seguro de lo que dice, intendente Malcom? —habló el doctor Niels—. Yo, profesionalmente hablando, no me atrevería a dudar de que Satán posee medios para hacer volver a la vida a ciertos adeptos.

—¡Por favor, doctor Niels! —suplicó Malcom.

—¿Usted cree en esas cosas, doctor? —preguntó Lowes.

—Yo creo lo que he visto —replicó Niels, secamente—. Puedo mostrarle una proyección ectoplástica y hacerles escuchar las voces de los espíritus.

Lowes y Malcom intercambiaron una mirada fugaz.

—¿No me creen?

—¿Y cree usted que Cecil Baker ha vuelto del más allá y ha matado a un hombre?

—Sí —dijo Camille Baker, secamente—. De eso hablábamos el doctor Niels y yo. Cecil estaba loco. Toda su vida fue un demente. Su pintura así lo revela. Por eso tuvo cierto éxito en América, dado que allí todos están locos.

»Y le creo muy capaz, para mortificarme, de haberse escapado del infierno.

—Todo eso está muy bien para una narración terrorífica, a lo Edgar Allan Poe, señora Baker —dijo Malcom—. Aquí somos más racionalistas.

—Además —añadió Harry Lowes, con sorna, mirando de soslayo al doctor Niels—, los espíritus nunca han querido saber nada con la policía. De todas formas, estoy dispuesto a escuchar cualquier versión, por absurda que parezca, con tal de aclarar este caso. ¿Saben dónde se esconde su difunto esposo?

—Debe estar rondando por las marismas… Tal vez venga esta noche a querer matarme, pero yo no estaré aquí, a menos que me faciliten ustedes protección policial.

—¿Qué le hace suponer eso? —preguntó Lowes.

—Él estuvo aquí anoche… ¡Ana le vio!

Ana entraba en aquel momento con una bandeja y el servicio de té. No se inmutó al escuchar a Camille.

—¿Es cierto eso, Ana? —preguntó Malcom.

—Sí. Vi su rostro desfigurado al otro lado de la ventana de mi cuarto. Quería entrar y golpeaba las puertas y ventanas. Pero cuando vio la luz de las bujías, se retiró.

—¿Le reconoció usted?

—Sí —afirmó Ana, inclinada sobre la mesita del té—. Estaba como cuando le sacaron de entre los carbones del invernadero… Era una máscara negra y deforme.

—¡Cállese, Ana! —gritó Camille, poniéndose en pie.

—Sí, señora. No diré nada más.

—¿Y qué hizo usted al ver aquel espectro detrás de los cristales?

—Me santigüé y cerré bien la puerta.

—¿No temió que el espíritu pudiera atravesar las paredes? —preguntó Harry Lowes, con ironía.

—Era un espíritu viviente, con su cuerpo y todo… o lo que el tiempo y el fuego ha dejado de él.

—¡Retírese, Ana! —ordenó la señora Baker.

Mientras la sirvienta se retiraba, Lowes dijo:

—Es mejor que hablemos de otro asunto. Por ejemplo, ¿qué hacía usted en casa de la señora Stuart anoche?

—Pamela y yo somos amigas desde hace muchos años. Con frecuencia, voy a verla y me quedo con ella. Anoche tenía algo especial de qué hablar.

—¿De los cuadros de Denis Lowry? —preguntó Lowes.

—Exactamente, inspector. Leí la crítica de la señorita Magruder, en el *Guardian*. Y no me gustó nada que Stuart utilizase el nombre de mi difunto esposo para un fraude. Si esos cuadros los pintó mi esposo antes de morir y Mike los habla ocultado, estoy en mi legítimo derecho de reclamarlos. Antes de ir a ver a Mike y a Pamela, consulté con mi abogado.

—Ese asunto de los cuadros es muy interesante —dijo Lowes—. Así, pues, usted cree que los pintó su marido antes de morir y los entregó a Stuart.

—Sí, es posible. Yo no vivía entonces con Cecil.

—¿Y cree que Stuart los ha guardado todo este tiempo y ha ideado el plan, de acuerdo con Denis Lowry, para hacer creer a la gente que el espíritu de Baker ha inspirado a ese muchacho?

—Pues… ¡Tengo motivos para creerlo!

—¿Por qué?

—Mike me ha rehuido durante algunos días. Y cuando fui a verle, no estaba en casa deliberadamente. Ese Lowry es un farsante, al que Stuart debió prometerle dinero y por eso discutieron. Pero estas farsas despiertan la ira del cielo. Buenos o malos, Mike debió entregarme los cuadros. Cecil ha vuelto para vengarse. En el más allá, él ha comprendido que yo le amaba y que me había hecho sufrir mucho con sus debilidades. Sabía que necesitaba ayuda de

alguien o perdería esta casa que él me dejó… ¡Por eso ha vuelto! Posiblemente ha matado a Mike para que me restituya los cuadros del fuego.

—¿Vio alguien a su marido, en vida, pintar esos cuadros? —preguntó Lowes—. ¿No vivía Ana aquí?

—Sí, vivía. Pero él no dejaba entrar a nadie en su estudio, excepto el señor Stuart, cuando acudía a verle. Lo que ellos hicieran entonces, Mike no me lo ha dicho.

—Es curioso —habló Malcom—. Parece como si todo este asunto sólo tendiera a crear un clima publicitario en torno a los cuadros.

—¡Le felicito, Malcom; eso es sagacidad! —Se burló Lowes—. Los cuadros de su marido, señora Baker, se van a cotizar muy alto, aunque sean apócrifos. Ya siento una gran curiosidad por verlos. He ordenado que sean incautados para su examen pericial. Los técnicos nos dirán si fueron pintados hace más de tres años o los acaba de realizar Denis Lowry.

* * *

Joy Magruder detuvo su llamativo «Maseratti» junto al viejo edificio de piedra, en donde estaba el puesto de policía de Dartford. Un agente uniformado, grave y circunspecto, que había en la entrada, exactamente bajo el farol, la miró sin expresión.

La joven, saltando ágilmente fuera del vehículo, se acercó al *policeman*.

—Soy periodista. Vengo a ver al inspector Lowes. Me han dicho que está aquí.

—No le conozco. Pase y hable con el sargento Bolton.

—Gracias.

Joy subió los tres peldaños y entró en el vestíbulo. La primera persona que vio, sentada en un largo banquillo de madera, fue Denis Lowry. Detrás de una valla de maderas, tras una mesa, había un suboficial, de uniforme. Tenía todo el aspecto de un policía rural. En un despacho contiguo, el agente Angus conversaba con otros policías.

—¡Denis! —exclamó Joy, acercándose al joven—. Sabía que te encontraría aquí.

—¿Qué desea usted? —preguntó el sargento, poniéndose en pie.

Denis también se levantó, esbozando una triste sonrisa.

—Soy de la Prensa, sargento Bolton. Quería ver al inspector Lowes, de Scotland Yard.

—Ha ido a casa de la señora Baker —dijo Denis—. ¿A qué has venido?

—No puede usted hablar con el detenido, señorita.

—Denis es mi cómplice, sargento —contestó Joy, burlona—. Yo tenía que estar aquí, con él, esposada mano con mano. Pero no se preocupe… ¡Hola, oficial! ¿Qué tal va el caso?

El agente Angus había salido del despacho contiguo, al escuchar la voz de Joy y sonrió, diciendo:

—No se preocupe, sargento. Conozco a la señorita Magruder. Es de… casa. —El agente abrió la barrera y se acercó a Joy—. ¿Qué la trae por aquí?

—Una buena noticia. Quería hablar con el inspector. Vengo de casa de Mike Stuart, donde he estado con un experto. Hemos examinado los cuadros.

—¿Y qué?

—No hay duda. Los ha pintado Denis.

—La felicito. Eso quiere decir que Cecil Baker no los pintó.

—¡Es usted muy sagaz, oficial! —Se burló Joy—. Y también quiere decir que Mike Stuart decía la verdad.

—Para lo que le ha servido…

—Estoy cansado de repetir que los cuadros los pinté yo —habló Denis, seriamente.

—Y, sin embargo, llevan la firma de Cecil Baker. ¿Puedes explicar eso racionalmente? —Joy se volvió al joven—. ¿Copiaste la firma de alguna que te mostró Mike?

—¡No!

—Óyeme, Denis; yo no creo en fantasmas, espíritus ni apariciones sobrenaturales —dijo Joy, mirando fijamente al otro—. Por eso he venido. Aquí hay algo muy extraño y creo saber lo que es. Deseo olvidarme del artículo que escribí. Ahora empiezo a ver algo claro. Tú has pintado los cuadros, ¡pero tu mente ha estado dominada, sugestionada o influida por algo!

—¡Deténgase, señorita Magruder! Recuerde que está bajo la tutela de su padre. Por eso la dejamos ir. Al inspector Lowes no le

hará gracia saber que anda metiéndose por todas partes, obstaculizando nuestra labor.

—¡Pamplinas, oficial! Soy tan ciudadana de este soberano país como usted. Y conozco mis derechos y deberes. Colaborar con la autoridad es un deber… ¡Y dar a ustedes una lección de perspicacia es un placer cívico!

—Por favor, Joy —medió Denis—. Estoy muy preocupado por todo. Te agradezco que quieras ayudarme, pero… Presiento que ellos tienen razón. No sé cómo, ¡pero yo debí matar a Stuart!

—¡Tú mataste a Mike igual que yo! —masculló Joy—. ¡Le mató su mismo miedo!

—¡Qué graciosa! —Se mofó Angus—. Y el miedo le estranguló, ¿verdad?

—¿Por qué no? Está demostrado que la autosugestión puede provocar lesiones de tipo orgánico. El centro motor de nuestras impresiones físicas radica en el cerebro, en la psiquis, oficial. Se ha demostrado que, en estado hipnótico, un sujeto experimental, a quien se dijo que debía tocar la tapadera de una estufa, sufrió quemaduras en las yemas de los dedos.

—¿Y qué quería usted que le ocurriera, señorita? ¡Clávese una aguja en un dedo y oiremos sus gritos!

—Se equivoca, oficial. El sujeto experimental sufrió quemaduras, pero la estufa que él creía encendida, estaba apagada. Ésa es la explicación dada por los científicos a ciertos casos de estigmatización, como el famoso de Teresa Newman.

Angus puso cara de sorpresa.

—¿Quiere usted hacerme creer esa fábula?

—Me tiene sin cuidado si lo cree o no. Allá usted con su ignorancia. Lo que sí le aseguro es que un hombre, a medianoche, tratando de abrir la tumba de un antiguo conocido, no debe sentirse muy lejos de la sugestión. ¡Y no sólo es capaz de creer que el muerto puede salir y estrangularle, sino que su psiquis puede incluso dejar huellas en su propia garganta!

—¡Váyase al…!

—¿Es eso posible, Joy? —preguntó Denis, esperanzado.

—Y mucho más. He comido con un estudiante de parapsicología, un muchacho que sería catedrático si la ciencia que estudia fuera más comprendida. Pero existe un Instituto de Estudios

Paranormales en Londres, al que Scotland Yard debería consultar en más de una ocasión.

—¡Voto a mil infiernos que no entiendo absolutamente nada! —rugió el agente Angus, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Váyase usted de aquí! El inspector Lowes no tardará en volver. Y tengo trabajo.

Diciendo esto, Angus dio media vuelta, para regresar al despacho donde había estado examinando el expediente acerca de la muerte de Cecil Baker.

Joy no se marchó, sino que, tomando a Denis de la mano, se sentó en el banquillo con él.

—No se preocupe, sargento. Esperaré aquí al inspector Lowes. ¡*Hi*, Denis; me tienes muy preocupada!

—Más lo estoy yo. Todo lo que me ocurre es tan extraño…

—Tiene que serlo. He concebido la teoría de que, por algún motivo, alguien desea crear un clima publicitario en torno a tus cuadros. Y hasta he pensado si todo esto no se habrá preparado deliberadamente, aprovechando tu accidente automovilístico.

—No te comprendo.

—Bueno, creo que a un experto no le sería difícil sugestionarte, haciéndote creer que puedes pintar lo que Cecil Baker pretendía hacer antes de morir.

—¿Sugestión? ¿Cómo?

—Un ser en estado inconsciente, como tú estabas, después del accidente, es fácil de dominar. De lo demás se podían encargar ellos.

—¿Ellos? ¿Quién?

—Stuart, que es quien pretendía beneficiarse de la operación. Los cuadros son suyos. Te los ha pagado. Sé que pensaba enviarlos a Estados Unidos, donde estas cosas sobrenaturales tienen buena prensa. Y un cuadro por el que te pagó a ti cien libras podría reportarle a él más de cien mil dólares.

—¡No!

CAPÍTULO VII

Desde la ventana, Camille Baker vio alejarse el coche en donde iban el inspector Lowes y el superintendente Malcom. Cuando el vehículo se perdió de vista en el recodo, la mujer se volvió hacia el grave doctor Niels, quien ahora estaba sentado, con una copa de Madeira en la mano.

—Ya se han ido, Hugo. Malcom no me preocupa. En cambio, ese inspector de Londres me inquieta.

—Tranquilízate, querida. Nuestro método no puede fallar.

—¿Y si llevan al muchacho a un psicoanalista?

—Ni siquiera así podrán averiguar la verdad. Estas cosas, querida, son muy complicadas.

—¡Pero los peritos examinarán los cuadros!

—Y dictaminarán que los ha pintado Denis Lowry, ¿no es eso lo que queríamos?

—Sí, sí; eso es. De acuerdo. —Camille se acercó a Hugo Niels y se plantó ante él, mirándole con fijeza—. ¿Era necesaria la muerte de Mike?

—Sí. Habríamos tenido problemas con él. Era demasiado astuto y sagaz. Nos ha servido maravillosamente, sin duda. Pero su ambición era mucha. A Pamela se la puede manejar mejor.

Camille se sentó. Pero no se había acomodado, frente a Niels, cuando se abrió la puerta y apareció la singular sirvienta.

—¿Qué ocurre, Ana?

—Acaban de llamar de Dartford, señora. Preguntaban por el superintendente Malcom. Les he dicho que acaba de salir.

—Bien, Ana. Gracias. Puedes retirarte.

—¿Preparo la cena?

—Sí. El doctor Niels se quedará a cenar. Será nuestro huésped por una noche más.

—Debo felicitarte por tu relato, Ana —habló Hugo Niels.

—El policía de Londres no pareció impresionarse —repuso la sirvienta.

—Es un hombre bastante frío. Pero le hemos dado, entre todos, tema para pensar.

—Espero que todo salga bien, doctor.

Ana se retiró silenciosamente, cerrando la recia puerta de madera.

—¿Cuándo debo emprender el viaje, Hugo?

—Ten paciencia, querida —respondió él, tomando un sorbo de su Madeira—. Ahora es pronto aún. Han de enfriarse las cosas. La Prensa no se ha ocupado aún bien del caso. Debemos aguardar al otoño. Para entonces, la gente importante ya habrá vuelto de sus vacaciones y el caso será más discutido. Piensa qué cuanto más se hable, más cotización adquirirán los cuadros. Además, hemos de recuperarlos… ¡Son tuyos!

—Tendría gracia que, después de todo, Pamela se los quisiera quedar —arguyó Camille.

—Cecil la disuadirá de ello, te lo aseguro —dijo Hugo Niels, siniestramente.

—A veces me das miedo, Hugo —musitó Camille.

Él trató de sonreír, diciendo:

—Si no te quisiera cómo te quiero, sería un hombre inmensamente rico. Mis conocimientos sobrenaturales me facultan para disponer de bienes y vidas. Sin embargo, aquí me tienes, fingiendo lo que no soy, ocultándome hasta de mí mismo, porque el mundo ya existía antes de venir yo a él y otros habían adquirido lo que en derecho propio me pertenecía.

—¡No pienses en eso, amor mío! —exclamó Camille, con arrobada expresión—. ¿No te quiero yo? ¿No me tienes en cuerpo y alma?

Camille Baker, a su edad, pese a los esfuerzos que hacía para conservar la juventud huida ya hacía años, estaba ridícula en su máscara de apasionamiento.

—Lo sé, querida. Pero ya ves cómo estamos… Rozando el punto crítico de la quiebra económica. Ya no se puede hipotecar más veces esta casa… Y tus joyas, de no obtener una fuerte suma por esos cuadros, no podrán ser recuperadas.

—No te atormentes, mi vida. Te tengo a ti, ¿qué puedo pedir

más? Todo lo demás se arreglará. ¿Por qué no vas un rato al sótano, mientras yo me preparo para la cena?

El semblante de Hugo Niels pareció animarse ante la sugerencia. Se levantó, se inclinó sobre Camille y la besó en los labios.

—Eres muy comprensiva y cariñosa, querida. Sí… Bajaré a ver mis amigos cómo están. Estoy seguro de que Chang me proporcionará una gran alegría el día menos pensado… ¡Ah, y dile a Ana que no debe tocar a ninguno para nada!

—¿Es que ha vuelto a bajar al laboratorio?

—Sí. Puse ceniza en la escalera y hoy he descubierto huellas.

—¡Su curiosidad la perderá, Hugo! ¡No te preocupes, se lo diré! ¡Condenada fisgona!

* * *

El panel se descorrió, dejando al descubierto una puerta de hierro, en cuya cerradura introdujo una extraña llave el no menos extraño doctor Niels, en cuyo semblante parecía irradiar la más intensa dicha.

Se descorrió la puerta y Niels avanzó, presionando una palanca que había a la derecha, junto a la entrada de la escalera lóbrega. El panel secreto, bajo la escalera, se cerró silenciosamente.

Se hizo la más densa oscuridad.

Pero Hugo Niels sacó una lámpara eléctrica del bolsillo de su elegante chaqueta e iluminó los peldaños que descendían hacia el sótano.

La atmósfera era allí rara, opresiva, como cargada de efluvios mágicos, medicinales y siniestros. Sin embargo, Hugo Niels gozaba en aquel ambiente hechizado y macabro.

Descendió lentamente, no sin examinar algunos peldaños, donde había un polvo gris cubriendo las negras baldosas. Y su ceño se frunció, en una mueca de disgusto.

—¡Ya ha vuelto a bajar esa vieja bruja! —masculló Niels, entre dientes—. Cualquier día la sorprenderé entres mis muertos y le arrancaré el corazón.

Se apresuró a descender la angosta y tétrica escalera, que daba tres vueltas en ángulo de cuarenta y cinco grados, hasta llegar a una

vieja y sólida puerta de hierro, cubierta de herrumbrosos remaches.

Niels la abrió, haciendo girar un pestillo exterior y alzando la aldaba. Al empujar la puerta, el olor a formol, mezclado con el de la cadaverina y otros olores pestilentes y nauseabundos, se acentuó.

Presionó un interruptor que había adosado al muro junto a la entrada, y el laboratorio se iluminó gracias a una sucia lámpara eléctrica que colgaba del techo, en el centro de aquella macabra bodega.

Bajo la luz, había una mesa… ¡Y sobre ésta el cuerpo lívido, desnudo y rígido de un hombre, con una mancha negra en el pecho!

Junto al muro, al otro lado, habían cinco ataúdes, todos cerrados, menos uno, que estaba abierto, con la tapa a un lado, y en cuyo interior se veía el cadáver de una mujer joven, vestida de blanco, como una novia, pero de facciones descompuestas por el tiempo y los ácidos.

A la derecha había una estantería, con anaqueles llenos de frascos y utensilios de laboratorio; libros, calaveras de cuencas negras y vacías, pergaminos, tubos de ensayo, algunas prendas de vestir, como guantes, delantales de plástico y cuero, una bata blanca y sucia, colgada de un gancho, y muchos objetos más relacionados con la química, la medicina y la muerte.

Lo más extraño, empero, era un aparato eléctrico, situado cerca de la mesa central, del que salían numerosos cables que terminaban en abrazaderas y puntas catódicas.

No reinaba el orden en aquel fantástico y horrendo lugar. Niels no era muy limpio ni cuidadoso, excepto en su atuendo personal. Por ello se quitó la chaqueta, mientras dirigía una mirada hacia otra puerta opuesta a la que había entrado, y que estaba cerrada por un candado y un recio pestillo. Incluso Niels, ya cubierto con una sucia bata, se acercó a aquella puerta y escuchó, adosando el oído al hierro.

—Debe estar dormido —musitó.

Volvió al centro del laboratorio y se inclinó sobre el cuerpo sin vida que yacía boca arriba, sobre la mesa. Era un individuo de facciones orientales y todo hacía suponer que llevaba muerto algunas semanas.

Niels efectuó varias comprobaciones en los rígidos miembros del muerto, tratando de doblar sus brazos, sus dedos y sus piernas.

Luego fue al anaquel y tomó un frasco y una jeringuilla hipodérmica. Con ello, regresó junto al cadáver, procediendo a llenar la jeringa con el líquido del frasco.

Luego, con inefable expresión, pinchó la aguja en el pecho del muerto, sobre el corazón, mientras musitaba:

—Tú vivirás, Chang. Y me colmará de alegría… ¡No como ese desgraciado de Joe, que es un monstruo animal y vesánico! Sé que vivirás, Chang. Tu cuerpo no se descompone. Yo te insuflaré nueva vida.

El contenido de la hipodérmica pasó al interior del cadáver.

Niels situó la yema de su índice sobre donde había efectuado la puntura, como para impedir que saliera el líquido. Y en aquel instante, un alarido infrahumano, bestial, salvaje y demoníaco, estalló detrás de la puerta cerrada con el candado y el pestillo.

Al oírlo, las facciones de Niels se crisparon. Furioso, fue a un rincón y tomó una recia vara de rama de haya.

—¡Yo te haré gritar de ese modo, monstruo! —masculló, furioso.

Su mano izquierda temblaba al abrir el candado, que cayó al suelo, y retirar el pestillo. Abrió la puerta, sin notar el hediondo hedor que salió de aquella estancia mucho más nauseabundo que el del laboratorio de la muerte, y penetró en el lugar.

Algo que no podía ser considerado como un ser humano, de rostro salvaje, cubierto de andrajos, pústulas, pelo revuelto, y que estaba amarrado al muro con dos argollas a sus pies, se agitó en la oscuridad. Los rugidos de su garganta arreciaron. Pero Hugo Niels se acercó a él y le golpeó furiosamente con el palo, mientras gritaba:

—¡Cállate, maldito! ¡Vive como un animal, ya que no sabes ser una persona!

El ser cautivo, si es que a tal piltrafa humana podía denominársele así, trató de agarrar a su verdugo, estirando sus brazos descarnados y engarfiando unos dedos que más parecían espátulas sarmentosas, provistas de largas uñas. Pero el garrote de Niels le alcanzó repetidas veces, obligándole a retroceder y haciéndose menos fieros los aullidos.

El suelo, en torno al prisionero, estaba cubierto de inmundicia, y sobre ella se dejó caer aquel infeliz, gimiendo bajo el tremendo castigo de los golpes.

—¡Debería matarte, Joe! ¡Eres la representación de la misma muerte!

—¡Aaaagh!

Hugo Niels, como cansado de utilizar el garrote, dio varias patadas a su víctima. Luego se irguió, desafiante.

—¿Por qué no te mueres de una vez, Joe? ¿Es que quieres vivir siempre?

Unos ojos hundidos, animales, con brillo de odio infinito, le miraron desde el suelo, pareciendo expresar el paroxismo del odio.

—Y en castigo, voy a tenerte sin comer cuatro días.

—¡No!

Fue un alarido desgarrado, bestial, de honda locura y frenética desesperación, proferido por un cuerpo sin razón ni consciencia, en donde sólo alentaba el instinto salvaje de la supervivencia.

Niels sonrió despreciativamente y dio media vuelta. Antes de abandonar aquel espantoso calabozo, añadió:

—Ya me ocuparé de que Ana no pueda ni acercarse a ti, perro.

Dicho esto, salió y cerró la puerta de hierro.

* * *

—¡Vaya, señorita Magruder! —exclamó el inspector Lowes, al entrar en la superintendencia de policía—. No esperaba volver a verla tan pronto.

—Quiero colaborar con la justicia.

—¡Hum! Su colaboración puede ser perjudicial… Ella es Joy Magruder —añadió Lowes, volviéndose a Malcom—. Es la autora de la crítica artística del *Guardian*, de que le he hablado.

El agente Angus se acercó, diciendo:

—Ha insistido en hablar con usted. Incluso me ha hecho telefonear a Drisdee House, donde me han dicho que ya habían marchado.

—¿De qué quiere usted hablarme? Tengo mucha prisa. He de volver a Londres ahora mismo.

—Tengo una teoría que exponerle, inspector. He hablado con un onirólogo, amigo mío… Sí, no se asombre. Él dice que estudia parapsicología y ciencias metafísicas, pero yo le llamo especialista

en sueños.

—¡Por favor, señorita Magruder! —exclamó Lowes—. Estamos investigando un caso de asesinato.

—Escúchela, inspector —medió Denis—. Empiezo a sospechar que ella puede tener razón.

Harry Lowes consultó su reloj de pulsera. Luego, suspiró y dijo:

—Está bien. Puedo dedicarle un cuarto de hora. ¿Me permite utilizar su despacho, Malcom?

—¡No faltaba más! Pasen por aquí.

Joy Magruder pasó ante el impasible sargento Bolton. Angus agarró a Denis del brazo, obedeciendo a una seña de su jefe, y la siguió. Mientras, Lowes se volvía a Malcom.

—Me había olvidado. ¿Vive aquí el doctor Niels?

—No. Pero viene con frecuencia, especialmente en verano. Es huésped de la señora Baker.

—¿Ejerce la medicina?

—No. Sólo aconseja a la señora Baker. Son amigos de hace muchos años. Se conocieron en el extranjero. Pero se trata de un caballero correctísimo.

—Sí, eso parece. ¿Viene?

—Tengo que hacer unas gestiones de personal. Puede usted utilizar mis cigarros, inspector.

Malcom se alejó hacia el interior, mientras Lowes penetraba en el despacho del otro, donde Joy ya se había sentado, cruzando sus bonitas piernas y empezaba a encender un cigarrillo.

—¿Y bien, señorita Magruder? —inquirió Lowes, cerrando la puerta—. Puede usted iniciar su brillante teoría. Hoy todo el mundo me habla de cosas extrañas. Alguien me ha invitado a presenciar una demostración ectoplásmica. Parecen empeñados en convencerme de que los espíritus juegan un preponderante papel en el caso. Muertos que resucitan y estrangulan, escapando de sus tumbas. Pintores que no saben lo que pintan, apariciones, resucitados, monstruos, cadáveres…

—Ése es el signo de este asunto, inspector —atajó Joy—… Y si no lo investiga usted bajo el prisma de lo sobrenatural, no logrará averiguar la verdad. Pero mi amigo me ha dicho que sobrenatural no es la expresión correcta. Está desprestigiada. Se dice extrasensorial.

—Bien, señorita Magruder —dijo Lowes, que se había sentado detrás de la mesa de Malcom, mientras Denis Lowry lo hacía junto a Joy y Angus se situaba detrás de él—. Abrevie. Dé por supuesto que conozco todo eso y exponga su teoría.

—No es exactamente mía, inspector. Doc Collins es quien ha expuesto las principales líneas. Dice que Denis Lowry, a consecuencias del accidente sufrido, era vulnerable a una penetración hipnótica. Cualquier aprendiz de médico sabe que el éter anestesia clínicamente, ¡pero un buen estacazo obra el mismo efecto!

Lowes sonrió, pero no dijo nada.

—El inconsciente oye, como oye el dormido —prosiguió Joy—. Pero el *shock* traumático es más favorable a la penetración extrapsíquica… Bueno, Doc quiere decir que un herido es más sugestionable, se le puede dominar mejor, incluso controlar a distancia.

—¿Telepatía? —preguntó Lowes.

—Digamos telequinesia —aclaró Joy—. Es más apropiado. Primero, se acondiciona al sujeto, influenciándolo en su inconsciente, que no es el subconsciente. Luego, se le dan instrucciones por medio de la concentración mental y él las obedece sin objetar.

—Hipnosis condicionada —dijo Lowes.

—También se dice condicionamiento sofrónico, si no estoy mal informada. Desde que Mesmer y Charcot estudiaron y sentaron las bases del magnetismo animal, en el siglo pasado, se ha escrito mucho sobre el tema, sin que se hayan puesto de acuerdo las distintas escuelas actuales. Pero no hablo de fábulas. La psicoterapia es una ciencia médica.

—Estoy convencido. Pero no sé dónde quiere usted ir a parar.

—En pocas palabras. Denis Lowry fue elegido por sus cualidades especiales. Se le indujo a pintar y pintó. Se le dijo que firmase sus cuadros con las iniciales C. B., y lo hizo… ¡Luego se le indujo a ir al cementerio y…!

Al comprobar que Joy no podía continuar, Lowes inquirió:

—¿Y qué?

—Doc Collins ignora lo que ocurrió en el cementerio —dijo la joven—. Pero estima que Denis no puede ser responsable de sus

actos, aunque hubiera estrangulado a Mike Stuart. Sin embargo, cree que Mike Stuart pudo haber sufrido un colapso, producido por su propio estado de fuerte tensión emocional.

—¿Y las huellas de su garganta?

—Doc cree que han podido ser fruto del terror. La mente provoca estigmatismos en la piel, cuando la intensidad psíquica y nerviosa es muy fuerte.

—Su amigo, señorita Magruder, es un imbécil. Dígaselo de mi parte. El informe médico forense, que es el único que puedo creer, dice bien claro que la muerte de Mike Stuart se produjo por asfixia o estrangulamiento. Si su amigo estudiase más medicina fisiológica y se dejase de esas historias psicosomáticas, sabría que una obstrucción de las vías respiratorias produce la muerte, por falta de oxígeno en la sangre. En otras palabras, Mike Stuart fue asesinado… No le mató su miedo. Tengo referencias de ese hombre y sé que el miedo no era precisamente su debilidad. A Mike Stuart le mataron, no se murió. Pero si yo creyera que había sido este muchacho, no estaría ahí sentado, se lo aseguro. Afortunadamente, no entiendo mucho de fenómenos extrasensoriales, pero sí de criminales. De todas formas, señorita Magruder, gracias por su información porque efectivamente me ha dado usted una idea. Y no toda su teoría es falsa.

—¿De veras le he ayudado, inspector?

—Sí, de veras. Ahora debo volver a Londres. Le permitiré que nos siga con su coche, si es que sabe conducir a marcha moderada. Vámonos, Angus. Tenemos mucho trabajo. ¿Qué hay acerca de la muerte de Cecil Baker?

—Lo tengo todo, inspector.

CAPÍTULO VIII

Joy vivió en un continuo desasosiego durante los cuatro días siguientes, pendiente de la información que recibían los cronistas de sucesos, por si la policía facilitaba algún dato acerca de la muerte de Mike Stuart. Pero el más estricto mutismo rodeaba el caso. No era posible arrancar siquiera una palabra al inspector Lowes ni a sus colaboradores.

Además, Joy se dio cuenta de ello casi inmediatamente, dondequiera que iba la seguía un agente de Scotland Yard, además del detective privado que había contratado su padre, para vigilar sus pasos.

Dick Murphy, alias Ernie Gogh von Rembrandt, no había vuelto a molestarla y parecía haberse esfumado. Joy dedujo que debió encontrar alguna niña mimada, con dinero, y debía estar explotándola en los clubs nocturnos de la ciudad. Después de todo, era un alivio.

Trató, por otra parte, de saber algo de Denis, para lo que llegó casi hasta los calabozos preventorios de la policía, pero sin suerte. Luego probó en casa de Denis, donde conoció a Mary Lowry. Pero tampoco pudo obtener de ésta ninguna información.

—Mi hermano está en tratamiento psicoterapéutico, en no sé qué hospital. Pregunte al inspector Lowes, de Scotland Yard.

Y esto era lo que Joy no podía lograr. Lowes parecía haberse esfumado también.

Palmer Hall, en Somerset Street, estaba cerrado. La correspondencia se apilaba en el buzón, y Pamela Stuart no respondía al teléfono.

Por esta razón, Joy decidió una tarde librarse de sus seguidores, utilizando la potencia en H.P. de su potente «Maseratti», lo que la obligó a dar un gran rodeo en millas, y luego, libre del acoso oficial y privado, se dirigió a Dartford, aunque no entró en esta población,

sino que, tras consultar un mapa de la región, tomó el camino particular que llevaba a Drisdee House. Tenía especiales razones para desear ver a Camille Baker, a la que conocía personalmente.

El lugar parecía desierto cuando Joy se acercó a la victoriana mansión, en donde, de haber sabido lo que iba a encontrar, se habría guardado muy bien de acercarse.

Pero Joy estaba decidida a plantear una cuestión, relacionada con los cuadros de Denis, y de paso, averiguar si la viuda de Cecil Baker sabía cómo andaba la investigación.

Al detener el coche, a la sombra de las acacias, y saltar a tierra, no se dio cuenta de que uno de los cortinajes que cubrían las puertas-ventanas francesas, de la planta baja, se movía ligeramente… ¡Y unos ojos oscuros y brillantes la examinaban, mientras ella se encaminaba hacia la entrada, donde llamó al timbre!

Mientras aguardaba, echó un vistazo en derredor, contemplando el paisaje entre los árboles, el acantilado y la bravía desembocadura del Támesis, notablemente frecuentada de toda clase de navíos.

La puerta se abrió a su espalda y Ana, ceñuda, la sobresaltó, preguntándole:

—¿Qué desea usted?

Joy se volvió. Al ver a la sirvienta, su ceño se frunció.

—Deseo ver a la señora Baker.

Ana examinó a Joy de pies a cabeza, y luego dijo:

—Pase. Avisaré a la señora. No sé si podrá recibirla, porque está preparando el equipaje. Sale mañana temprano hacia el continente. ¿A quién anuncio?

—Soy la señorita Magruder, crítico de arte del *Guardian*. Me conoce.

Sin responder, Ana llevó a Joy hasta una salita próxima, cuyas ventanas estaban cerradas por pesados cortinajes. La decoración era allí del mismo estilo que el resto de la casa, sombría, regia, cargada de madera e hierro negro, con velones, maderas cinceladas, dorados y escasa luz.

Indicando un sillón de cuero, Ana dijo:

—Siéntese un momento.

La sirvienta salió y Joy se sentó, mirando en derredor. Tuvo un funesto presagio, como de haber entrado en una especie de tumba,

y hasta pensó levantarse, abrir una puertaventana, descorriendo las cortinas, y salir al exterior, a la luz y a la vida.

Algo de claridad se filtraba detrás de las cortinas.

Sin embargo, se sobrepuso, diciéndose: «¡No sé cómo puede vivir nadie en un lugar tan sombrío!».

No había hecho más que formularse este pensamiento, cuando se estremeció al escuchar un alarido, que llegó hasta ella, apagado por la distancia.

Nerviosamente, se puso en pie y se dirigió a la puerta, asiendo el picaporte. Pero cuando trató de hacerlo girar, para su estupor, comprobó que estaba cerrado. La criada, al retirarse, la había dejado encerrada.

Su nerviosismo aumentó al ir hacia una de las ventanas y descorrer la cortina. Por la parte interior, una reja de hierro protegía la puerta.

—¡Dios mío! ¿Dónde estoy? —musitó, volviéndose de nuevo hacia la puerta, por donde había entrado.

Corrió hacia allí, forcejeó con el picaporte y luego aporreó la madera con ambas manos, mientras gritaba:

—¡Ábranme! ¿Por qué me han encerrado?

Por toda respuesta, volvió a escuchar el alarido anterior, aunque ahora más debilitado.

—¡Cielos santo! ¿Qué está sucediendo aquí? ¡Socorro, auxilio! ¡Déjenme salir! ¡Señora Baker!

En su angustia, Joy miró en derredor, buscando algo para acometer la puerta. Un candelabro de hierro le pareció lo suficientemente sólido, sino para derribar la puerta, al menos para hacer el suficiente ruido a fin de atraer a alguien. Su excitación iba en aumento por segundos y deseaba salir cuanto antes de aquella ratonera.

Pero al agarrar el candelabro, lo hizo con tanta violencia, que rompió el cable eléctrico que había en su interior, dado que los velones eran bombillas. Se produjo un fogonazo y sintió una sacudida eléctrica recorrer su brazo, a consecuencias de lo cual quedó medio aturdida unos segundos, para luego dejarse caer en la butaca y permanecer allí, jadeando, asustada y trémula, hasta que oyó voces en el vestíbulo:

—¡Ana! ¿Qué ha ocurrido con la luz?

—No lo sé, señora. El doctor Niels habrá fundido los fusiles con sus horribles experimentos. Voy a ver qué ha pasado. ¡La señorita Magruder todavía espera!

—Sí. Voy a verla. Arregla la luz.

Joy respiró profundamente y se levantó. Se dijo que había sido una necia al comportarse de modo tan estúpido. Los nervios la habían traicionado. Y todo había sido culpa de aquel sombrío, ambiente y a su estado de ánimo.

Cuando la puerta se abrió y apareció Camille, con un traje sastre claro, sonrió estúpidamente, diciendo:

—Lo siento… Estaba curioseando, perdí el pie y me agarré al candelabro.

No quiso decir que la puerta cerrada la había asustado.

—Oh, querida niña —dijo Camille, avanzando hacia ella—. Sí que lo siento. Estaba ocupada. Preparo el equipaje y no puedo fiarme de Ana. No se preocupe por la lámpara. Ya sé…

En el interior de la mansión se escuchó, ahora con más claridad que antes, un alarido infrahumano. Camille frunció el ceño, volviéndose, como para cerrar la puerta que había dejado entreabierta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Joy, sobrecogida de nuevo.

Camille se rehízo y dijo:

—Ana no está bien. Grita sin motivo… No se alarme.

¡Pero Joy estaba segura de haber escuchado un alarido de hombre!

—¿Quiere usted decir que ha sido la sirvienta?

—Aquí no hay nadie más.

Joy, que sabía ser descarada cuando le convenía, observó:

—Pensé que habría sido el doctor Niels.

La expresión de Camille Baker se demudó súbitamente, adoptando una actitud defensiva.

—¿Qué quiere usted decir, señorita Magruder?

Antes de que la joven pudiera contestar, se oyó un fuerte golpe metálico, seguido de la voz de Hugo Niels bramando:

—¡Anaaaa! ¿Qué pasa con la luz? ¿Dónde diablos estará esa vieja bruja maldita? ¡Anaaa!

Camille Baker se apresuró a dar media vuelta, yendo hacia la puerta.

—Calma, Hugo. Tengo una visita.

Joy comprendió que su anfitriona trataba de advertir al otro la presencia de una visita extraña a la casa.

—¿Eh? ¿Quién ha venido? ¿Es que no puedo trabajar tranquilo?

—La señorita Magruder escribe en el *Guardian*. Es crítico de pintura —dijo Camille, con evidentes muestras de nerviosismo.

Hugo Niels apareció en la puerta. Venía con una bata sucia y tenía arañazos en la mejilla.

—¡Cielos! —exclamó Camille, al verle—. ¿Qué te ha ocurrido, Hugo?

—¿Quién ha apagado la luz? En la oscuridad… —Hugo se interrumpió para mirar fijamente a Joy. La fiera y maligna expresión de su rostro se suavizó un tanto—. Disculpe, señorita.

—Ha sido sin querer —balbuceó Joy—. Tropecé en la alfombra. Perdí el pie y… he debido causar un cortocircuito.

—La señorita Magruder ha oído gritar a Ana —añadió Camille, sin saber qué decir.

Y de nuevo, las facciones de Hugo Niels se distendieron.

—¿A qué ha venido? —preguntó, con acento gélido.

—Yo la atenderé —se apresuró a decir Camille, como si temiera que Hugo Niels pudiera matar a la joven—. Ve y arréglate, Hugo. Estás muy poco presentable.

—¿A qué ha venido? —gritó el otro, alzando la voz, amenazadoramente y avanzando unos pasos hacia la joven.

—Quería hablar con la señora Baker.

—¿De qué?

—Temo haber sido inoportuna. Lo siento. Será mejor que me marche.

—Ha sido muy inoportuna, desde luego —agregó Niels, secamente—. Más de lo que usted supone.

—¿Qué estás diciendo, Hugo? —preguntó Camille Baker, alarmada.

—No te metas en esto. Déjamela a mí. ¿Por qué no responde?

Joy enfureció. No permitía que nadie la intimidase. Era una muchacha moderna, sin prejuicios y la educación recibida le daba confianza en sí misma.

—No sé quién es usted, ni me importa. No he venido a verle a usted. Si la señora Baker no quiere o no puede hablar conmigo, me

marcho y asunto concluido… ¡Pero no le consiento que me hable en ese tono!

—Usted no saldrá de aquí hasta que yo lo diga —repuso Niels, siniestramente.

Joy miró a Camille.

—¿Qué significa esto? Creí que era usted la dueña de la casa.

—Es que… ¡Por favor, Hugo; déjala marchar!

—No. Ha oído demasiado. Esta chica ha venido con un propósito determinado. ¡Y tiene que decírnoslo, o no saldrá con vida de esta casa!

Fue el tono de las palabras del hombre lo que puso miedo en el alma de Joy, quien retrocedió unos pasos.

—No debes hacer eso, Hugo. Alguien debe saber que está aquí.

—Déjalo de mi cuenta. Tú ve y sigue arreglando el equipaje. Si es preciso, nos iremos esta misma tarde en el yate.

—Es que…

—¡Que salgas, te digo! —aulló Niels, volviéndose con facciones desencajadas hacia Camille—. ¡Yo atenderé a tu visita!

Camille Baker se apresuró a salir.

El terror se había apoderado ya de Joy, que estaba contra el muro, con ojos muy abiertos, mirando al extraño individuo, cuyas manchas en la sucia bata le parecieron de sangre coagulada. Y los arañazos sobre su mejilla no contribuían, precisamente, a endulzar sus diabólicas facciones.

—Dígame a qué ha venido. ¿Quién le ha enviado? ¿La policía? ¿Ha hablado usted con Pamela Stuart?

—No, no… Yo quería saber… ¡No tiene usted derecho a tratarme así! ¡No me toque!

Hugo Niels se había acercado a Joy y extendía sus manos hacia ella.

—¿Ha venido sola? ¿Sabe alguien que está aquí?

Asustada como estaba, Joy no atinó con la respuesta exacta.

—He venido por mi propia cuenta. Quería saber cómo está el asunto de los cuadros.

—Lo supongo. ¿Por qué ha provocado el cortocircuito?

—¡Yo no he provocado nada! ¡Ha sido sin querer! ¡Estaba nerviosa por esos gritos!

—¡Ah, los gritos! Se trata de un pobre paciente, un desquiciado,

al que trato de ayudar. Soy médico. Los enfermos no entienden que a veces deben sufrir un poco para recuperar la salud. ¡Está usted muy pálida! Pienso que también necesita mi ayuda. —Niels metió la mano en el bolsillo de su bata y extrajo una cajita oblonga, cuya tapa abrió, extrayendo una píldora amarilla—. Tómese esto. Es un estimulante.

—¡No! ¡Déjeme marchar!

Haciendo una finta, Joy trató de esquivar a Niels, para alcanzar la puerta. Pero él la sujetó de los hombros, hundiendo sus dedos en la piel desnuda, mientras mascullaba:

—¡No se irá! ¡Y va a tomarse esta píldora!

Joy trató de revolverse y emplear la defensa personal, pero la fuerza del hombre era superior a la suya. Y parecía estar loco, porque la sujetó del cuello, con un brazo, mientras la mano libre, donde llevaba la píldora, la aplastaba sobre el rostro de Joy.

—Has oído demasiadas cosas, pequeña. No puedo dejarte ir. Y me alegraré si nadie sabe qué estás aquí.

—¡Soco…!

Joy se zafó de la mano de Niels y trató de gritar. Pero recibió un tremendo golpe sobre la boca y nariz y las fuerzas la abandonaron. Antes de caer al suelo, creyó ver abrirse la puerta y aparecer a la sirvienta.

Luego, Joy perdió el sentido.

—La llevaré abajo, Ana —habló Niels, con voz siniestra—. Luego arrojaré su coche por el acantilado. Porque habrá venido en coche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí. Pero ¿y si alguien sabe que ha venido aquí?

—Que registren la casa, si quieren. No encontrarán el laboratorio. ¡Y Joe no volverá a gritar, te lo aseguro!

Había tal expresión en el rostro del hombre, que hasta la sirvienta se estremeció.

—¡No le mate! ¡Es un infeliz!

—¡No volverá a gritar! ¡Cuando vuelva a la vida, será dócil como un cordero! —diciendo esto, Hugo Niels se agachó para levantar el cuerpo de Joy.

CAPÍTULO IX

Abrió los ojos, sin saber lo que le había ocurrido ni en qué infernal sitio se encontraba. Pero lo primero que vio fue la espantosa visión, aterradora, horrible y siniestra, del cadáver de una mujer ataviada con atuendo de novia.

Un grito de infinita angustia brotó de la garganta de Joy, que quiso incorporarse, creyéndose víctima de una alucinante pesadilla. Sus pies y sus manos no le obedecieron. Se vio atada con alambres.

El horror, al darse cuenta del tétrico lugar en que se hallaba, la sobrecogió hasta convertirla en un ser casi loco de espanto.

—¡No! ¡Esto no puede ser! ¡No es posible!

Una sombra se interpuso entre ella y la luz que colgaba del techo, sobre la mesa.

—Nadie puede escucharte aquí, pequeña —habló Hugo Niels—. Estamos en lo que Camille ha dado en llamar irónicamente la cámara de los horrores. ¿No te da un poco de miedo, pequeña?

—¿Quién es usted? ¿Qué significa esto? ¿Dónde estoy?

—Soy el doctor Niels, ¿no me recuerdas? —Hugo se inclinó sobre Joy. Su rostro era como una máscara sardónica—. He tenido que arrojar tu bonito coche por el acantilado. Y ha sido una lástima. Era un precioso automóvil. ¿Esto? —Niels señaló el ataúd de la novia—. Es Polly Nolan. Murió el mismo día de su boda. Fue una contrariedad para el novio, que todavía no se ha recuperado de tan sensible pérdida. Él ignora, sin embargo, que yo administré a Polly una droga. Luego, cuando la enterraron, saqué su cadáver del panteón familiar y lo traje aquí. Hace un año, y gracias a mis métodos científicos, la carne no se descompone.

Joy Magruder estaba demasiado asustada para escuchar las palabras del otro. No quería mirar a la novia. Pero lo hizo otra vez, porque Niels debía estar loco para decir lo que estaba diciendo. El cadáver hedía y sus facciones parecían a punto de corromperse.

—¡No puede ser! ¡Debo estar soñando! ¡Esto no es cierto! ¿Qué locuras está usted diciendo?

Al otro lado de la puerta de hierro se oyó algo semejante a un gemido inhumano. Joy se estremeció al oírlo.

—Es Joe. Lo traje aquí muerto. Mi coche lo atropelló una noche. Pero le hice volver a la vida. Su cerebro, sin embargo, no está muy bien. Es agresivo y no he tenido más remedio que encadenarle. Si no fuera por sus alaridos, sería un paciente muy dócil. Contigo repetiré la misma prueba que con Joe. Voy a matarte, pequeña. Pero no temas. Será como si te venciera el sueño. Luego, te despertarás y me contarás tu impresión del Más Allá. ¿No es una experiencia interesante?

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Joy, apenas sin voz.

—La muerte no debe existir. Hace mucho tiempo que estoy convencido de ello —siguió diciendo Niels, ahora arrodillado junto a la muchacha y empezando a desabrocharle el vestido.

—¡No me toque, sádico!

—Por favor, señorita. Soy médico. Demostraré al mundo que la muerte puede ser vencida. ¿Crees que la humanidad podrá acusarme de sadismo? Mírame a los ojos. Concéntrate. Estás asustada, y no debes temer nada de mí. Soy un amigo, un benefactor del género humano. Aunque la sociedad, hasta que no demuestre mi teoría, me considera un criminal. Es por eso que debo trabajar en la clandestinidad, secretamente. La gente se deja impresionar con facilidad. ¡Tienes un cuerpo muy bonito!

—¡Es usted un canalla, un miserable, un demente! —gritó Joy, tratando de apartarse de él, pero sin conseguirlo.

—Será mejor que te inyecte un tranquilizante… Estás nerviosa y excitada —dijo Niels, levantándose.

Fue a la estantería, y mientras tomaba una jeringuilla hipodérmica y la cargaba, miró al cuerpo que yacía sobre la mesa, diciendo:

—Lo siento, Chang. Sé que no me habrías defraudado. Pero hay que ser galante con una dama. Ella primero.

Con la hipodérmica en la mano, regresó junto a Joy.

—¡Quieta! —ordenó—. Esto es un tranquilizante… No deseo hacerte daño.

Hubo de recurrir él a toda su energía para dominar a la joven,

que no cesaba de agitarse y gritar. Pero al fin, no sin haber doblado la aguja, el líquido penetró bajo los músculos del brazo desnudo de Joy.

—Ea, ya está. Ahora te pondré sobre la mesa.

Hugo Niels retiró entonces el cuerpo de Chang, echándolo al suelo y haciéndolo rodar casi hasta debajo de la estantería, para luego levantar a Joy y tenderla sobre la siniestra mesa.

Una especie de laxitud invadía ya a Joy. Niels le abrió los párpados, y le dijo:

—No te duermas, querida. Quiero que pienses en mí. Soy un amigo que te quiere bien y no desea causarte ningún daño. No sufrirás nada en absoluto. La muerte no la sentirás siquiera, ¿comprendes? Voy a estrangularte con la tenaza de nueve dedos, como hice con Mike Stuart. La tengo en ese cajón. Ahora la verás. Es muy ingeniosa. La adquirí en una herrería de Bombay, hace unos años. Sólo he tenido que cortarle un dedo. Creo que fue utilizada por los sacerdotes de Kali, el siglo pasado, para eliminar a sus víctimas en los sacrificios humanos.

Hugo Niels se dirigió a un arcón que había junto al muro y lo abrió, sacando un objeto de hierro, semejante a dos manos de dedos engarfiados, y que se unían en un gozne central. Dos mangos de medio metro de longitud permitían abrir y cerrar las manos.

—Yo mismo maté a Mike Stuart con esto —dijo Niels—. Me escondí en el ataúd de Cecil Baker. Ellos tenían que venir. Ana y Camille me ayudaron a meterme en aquel agujero. Jamás me he sentido más cerca de la muerte, enterrado allí, bajo la pesada losa. Pero me agradó la experiencia. Es algo inenarrable… ¡Ah, qué hora de paz más perfecta!

Diciendo esto, transformado su rostro en algo así como una máscara de enajenado, Niels manejó la tenaza, acercando los dedos engarfiados al cuello de Joy, quien apenas pestañeó, semialetargada por la droga.

—Fue una comedia muy divertida —siguió diciendo Niels, sin apretar la tenaza, como deleitándose en el terror que podía estar causando en la mente de la joven cautiva—. Por supuesto, nuestro joven pintor estaba sugestionado desde que sufrió el accidente. ¿Quieres conocer la historia de los cuadros de Cecil Baker? ¡Ah, eso te interesa! —Efectivamente, en los ojos de Joy apareció un destello

de inteligencia—. Elegí a Denis porque conozco a su hermana Mary… Se trata de una solterona, histérica, que ha venido algunas veces a mí consultorio de Kingston. Sí, poseo un gabinete de psiquiatría. Infinidad de casos de histeria, de necedad, puerilidad y bobería. Pero me gusta examinar la mente humana. Camille Baker también vino a verme. Y la diferencia entre ella y las otras, es su clase, su dinero… Bueno, el que tenía, porque ya no lo tiene. Mis experimentos son caros. Aprecio mucho a Camille. Es dócil, sumisa y obediente. Una buena amiga, servicial, atenta y educada. Ya ves que ha puesto su casa a mi disposición.

Ahora, Hugo Niels había dejado la tenaza a un lado, sobre la mesa, y se inclinaba sobre Joy, muy cerca de su rostro.

—El dinero es una terrible dificultad. Se necesita mucho para vivir bien. Y Mike Stuart me dio la idea, una noche, cenando con nosotros. «¡Ah, si viviera Cecil Baker!», exclamó. Yo trabajaba ya con mi teoría de la resurrección. Si Jesús logró resucitar a Lázaro, ¿por qué no iba a lograrlo yo, con mis modernos métodos químicos? Pero Cecil había muerto hacía más de dos años y, desgraciadamente, abrasado. De ello hablamos también. Stuart nos contó que Cecil se inmoló tratando de pintar lo que nadie había logrado pintar jamás. ¡El fuego por dentro, la muerte propia, las llamas devorándole a uno! Y me fascinó la idea. Traté en vano de llamar al espíritu de Cecil. Utilicé varias médiums de poderosa influencia. Pero el espíritu de Cecil Baker parecía haberse consumido igual que su cuerpo. Y fue entonces cuando vino a verme Mary Lowry, cuyo hermano menor acababa de sufrir un accidente de carretera. Quería saber si yo era capaz de ayudarle a vivir. Por supuesto, le dije que sí. Pero necesitaba ver al herido, hablarle al oído. Y por eso, con ayuda de Mary, fui al hospital de Leeds, donde examiné a su hermano, cuando todo el mundo dormía. ¡Y cuál no sería mi asombro al descubrir un cerebro dañado, en donde la psiquis luchaba ferozmente por la vida!

»Denis Lowry es un muchacho admirable, al que se le podía dominar en aquellos momentos para todo lo que quisiera. No podía desaprovechar la oportunidad que me brindaba la suerte. Le hablé, le ayudé a creerse el espíritu de Cecil Baker, y sugestioné su mente para que obedeciera, a distancia, mis mandatos. Sé que no es fácil lograr esto, pero con Denis lo logré plenamente. No así con Mike

Stuart, al que tenía que eliminar cuanto antes, porque su ambición es superior al dominio que a veces ejerzo sobre él. Una vez restablecido Denis, su subconsciente me pertenecía. Sólo tenía que enviarle una orden y él la obedecía ciegamente. Y le ordené pintar los cuadros de Baker… Sí, fui yo, sin más ayuda que mi mente. Los cuadros, por tanto, son míos y de nadie más. Mike era sólo un intermediario. La publicidad que usted nos haría en el *Guardian* era útil, pero la muerte de Stuart, planeada por mí, y llevada a efecto de modo genial, sería mucho más publicitaria.

»La tenaza, un sudario, cuyos restos fui dejando por el cementerio, para desconcertar a la policía y crear el clima adecuado de sobrenaturalidad, etc. Eso haría que los cuadros de Cecil Baker, pintados desde el Más Allá, se coticen al precio más alto. La gente puede creer lo que quiera. En estos asuntos misteriosos, cuantas más suposiciones se hagan, tanto mejor. Hay mucha ignorancia aún sobre la faz de la tierra. Es infinito el número de ricos sin cultura que creen en magia y sortilegios. Y ésos pagarán cien mil dólares o más por cada cuadro pintado por el espíritu de Cecil Baker, aunque, como es lógico, utilizando a un pobre muchacho, ¡con quien se puso en contacto en el Más Allá!

«¡Esto es una horrenda abominación!», creyó decir Joy, aunque sólo fue un pensamiento que no llegó a exteriorizarse.

Hugo Niels, empero, aún tenía más cosas que decir:

—Cuando estuvo preparado todo, ordené a Denis Lowry y a Mike Stuart que fueran al cementerio de Dartford, donde previamente había ordenado a Denis que visitara el lugar e hiciera algunas preguntas. Mike acudió con desgana. Si no lo hubiera hecho, Denis le habría golpeado y arrastrado hasta la tumba de Baker, donde yo les esperaba. Como dos sonámbulos, abrieron la fosa que poco antes cerraron Camille y Ana, y Denis se metió en la fosa, abrió mi ataúd, salí y atenacé a Mike Stuart por el cuello… ¡Así!

Hugo agarró la tenaza de los sacerdotes de Kali y asió ambos mangos, colocando los garfios sobre el cuello de Joy.

—¡Y apreté hasta ahogarle! Él se engarfió en la tela desgarrada y podrida que yo llevaba.

Joy creyó llegado su último instante, y, a pesar de la droga tranquilizante, emitió un alarido espantoso, agudo, de muerte. En la

mazmorra contigua, el desgraciado Joe gritó también de modo bestial tratando, al mismo tiempo, de librarse de sus cadenas.

¡Y lo que durante meses no logró, en aquella ocasión, debido a la decrepitud y la consunción, que casi le había dejado en los huesos, lo consiguió en aquel instante, al salírsele el pie izquierdo, lacerado y sangrante, de la argolla que le sujetaba al muro!

La bestia humana en que los sufrimientos habían convertido al desdichado, tal vez intuyendo la libertad, hizo un esfuerzo y, dejándose también jirones de piel, se soltó el otro pie.

Inmediatamente se lanzó hacia la cerrada puerta, aporreándola con cabeza y manos.

Hugo Niels, que se disponía a abrir la puerta, armado de la vara de haya, se quedó sobrecogido al escuchar los golpes, comprendiendo que el otro había logrado soltarse.

—¡Maldito perro! ¡Ha debido soltarte Ana! ¡Pero no volverá a intentarlo siquiera!

Joy apenas si escuchaba. La somnolencia la invadía. Su mente iba entrando en laxitud y abandono, sin dolor, como si la muerte, benévola, tuviera piedad de ella.

Así, no pudo presenciar el terrible y angustioso drama que se produjo a pocos pasos de ella, cuando enarbolando la recia estaca, Hugo Niels abrió la puerta y retrocedió unos pasos.

La fiera salió con espantosa violencia, extendidas las manos, engarfiados los dedos, buscando el rostro que tanto había aprendido a odiar, y sobre el que, poco antes, había dejado las huellas de sus uñas.

Pero ahora era distinto. Antes, el infeliz enloquecido había estado amarrado a las argollas. ¡Ahora estaba libre!

Y en su furia vesánica, sólo quería destruir, aunque hubiera de inmolarse a sí mismo en el intento.

Niels golpeó con saña cruel, sobre la cabeza de Joe. El ruido hueco de la madera contra el cráneo quedó ahogado por un aterrador y fiero alarido. El desdichado se contrajo, vacilando unos segundos y dando tiempo a que Niels le golpeara de nuevo, con mayor furia.

Ahora, Joe ladeó la cabeza, y el palo desgarró la piel sobre la sien, la mejilla y la oreja, haciendo brotar la sangre.

Con la expresión más bestial y descompuesta que jamás se haya

visto en semblante humano, Joe se detuvo, abatió la cabeza y una negra y horrible mano se tocó la herida.

Mirando a su verdugo con ojos de infinito aborrecimiento y locura, dijo en tono jadeante, hondo, angustiado:

—¡Hiena, hijo de lobo!

Después, el desdichado se desplomó sobre el sucio pavimento, quedando boca abajo, como muerto.

Niels, que se disponía a descargarle un nuevo golpe, se detuvo con el garrote en alto, algo perplejo.

—No has debido dejar que te soltaran, Joe. Yo no quería hacerte daño. ¿Me oyes, Joe? ¿Qué te ocurre? ¡No, tú no estás muerto! ¡No puede ser! ¡Es imposible!

Como asustado del error cometido, porque su víctima representaba algo muy estimable, Hugo Niels arrojó el palo al suelo y se arrodilló junto a su víctima, zarandeándole.

—¡No te mueras, Joe!

La puerta que conducía a la escalera se abrió lentamente en aquel instante. La figura de Ana, flaca, arrugada, siniestra, apareció en el quicio, mirando al interior del laboratorio con ojos refulgentes y siniestros.

—¡Joe, Joe! —gritaba Niels.

Y, de súbito, el desdichado se movió. Mejor dicho, movió sus manos, alzándolas hacia el cuello de Niels, quien, tarde, trató de zafarse al abrazo. ¡Mas no pudo evitar que las largas y negras uñas del presunto muerto hirieran su garganta!

Gritó Niels de modo endemoniado. La puerta se abrió del todo. Ana avanzó y contempló la escena.

—¡Mata, Joe! ¡Mata al engendro de Satanás!

En tierra, incorporándose con terrible sed de venganza, Joe apretaba el cuello de su verdugo, ferozmente, con locura infinita.

CAPÍTULO X

—Jamás había sentido afición por la pintura —decía Denis Lowry, cabizbajo, sentado en una butaca del gabinete del doctor Flaherty, en presencia de éste, que le escuchaba muy atentamente, y del inspector Lowes, que fumaba un cigarrillo en silencio, en otro asiento.

—Antes has dicho que tuviste como una pesadilla —dijo Flaherty—. ¿Recuerdas si fue antes o después del accidente?

Denis sacudió la cabeza.

—No lo sé… Alguien me habló, aquí dentro. No sé cómo explicarlo. De lo que estoy seguro es que, a partir del accidente, no soy yo. Vivo como entre nubes.

El psicoanalista y Lowes intercambiaron una mirada de inteligencia. «Es lo que suponíamos», parecieron decirse, mutuamente.

—No hay duda. Denis fue sugestionado y mantenido así durante todo el tiempo. Su mente fue dominada en el estado más precario en que puede hallarse nadie, después de haber sufrido un fuerte trauma psíquico.

En aquel mismo instante, uno de los teléfonos de la mesa del psiquiatra zumbó con suavidad. Flaherty tomó el auricular con el ceño fruncido, diciendo:

—Tengo dicho que no se me moleste, Betty. ¡Eh! ¿Urgente para el inspector Lowes? Bien. Es para usted. Uno de sus ayudantes.

Harry Lowes se incorporó y tomó el teléfono, diciendo:

—Sí, aquí Lowes… ¿Qué hay, Angus? ¿Cómo? ¿Ella? ¡Sí, sí! ¡Eso lo explica todo! ¿Y qué sé yo dónde está el doctor Niels? Pero… Sólo puede estar en un lugar… ¡Iremos allá ahora mismo! Prepara un grupo y avisa al superintendente Malcom. Estaré con vosotros dentro de cinco minutos.

Lowes colgó el auricular y dijo:

—Ya tenemos el eslabón que nos faltaba, Denis. ¡El responsable de todo es Hugo Niels!

—¿Quién?

—Un tipo que tiene un gabinete clandestino en Kingston. ¡Y parece que tu hermana Mary le conocía!

—¿Qué tiene que ver mi hermana con esto?

—Vamos. Me están esperando. Te lo explicaré por el camino. Gracias, doctor Flaherty. Creo que nos ha servido usted de mucho. Le volveré a ver.

Casi arrastrando a Denis, Lowes salió del gabinete del psiquiatra. Descendieron en el ascensor y salieron a la calle, donde les aguardaba un coche oficial, junio al que esperaban dos agentes.

—¡Al Yard, Ernie! —ladró Lowes—. ¿Cómo estás de gasolina?

—Bien, inspector —respondió el que hacía de chófer.

—Vamos a recoger al grupo. Hemos de ir a toda prisa a Dartford.

Una vez en el asiento posterior, Denis, muy excitado, preguntó:

—¿Y mi hermana?

—No te preocupes ahora de ella, Denis. Tu hermana ha actuado impensadamente y ha sido tan víctima como tú. Ella visitaba a Niels debido a un caos emocional, pero él fue a verte al hospital de Leed en compañía de tu hermana Mary.

—¡No entiendo absolutamente nada!

—Yo, sí —repuso Lowes, jovial—. Y por vez primera, empiezo a ver claro en todo esto.

La media hora siguiente fue para Denis Lowry de una excitación inquietante. Logró convencer a Lowes para que le dejara acompañarle a Drisdee House, que era el lugar donde debía acudir la policía. Y no se movió del asiento del coche del inspector, aunque cuatro agentes se sentaron a su lado, incómodamente.

Luego, dos coches partieron hacia Dartford. Harry Lowes iba ahora sentado en el asiento delantero, junto al chófer, con el radioteléfono al oído, dando instrucciones y recibiendo información de las actividades realizadas por agentes a sus órdenes.

Era ya casi oscuro cuando llegaron a Dartford. Junto a la bifurcación que conducía a Drisdee, dos coches aguardaban. El superintendente Malcolm estaba allí, impaciente. Lowes sólo se detuvo el tiempo suficiente para decir:

—¡Sígannos, Malcom!

Ahora, cuatro coches enfilaron el camino secundario, con las luces de los faros encendidas y hurgando recodos y árboles, acortando la distancia que les separaba del lugar donde creían iban a encontrar la solución al misterio que les preocupaba.

Sin embargo, en uno de los últimos recodos del sinuoso camino, el primer coche se detuvo bruscamente. El chófer gritó:

—¡Mire, inspector! ¡Algo está ardiendo!

Con los ojos desmesuradamente abiertos. Lowes, Denis y todos los que le acompañaban, vieron una llameante claridad entre los árboles.

—¡Es en la casa de Baker! —exclamó Lowes—. ¡No te detengas, Ernie! ¡Acelera!

El vehículo saltó adelante y recorrió los últimos metros de su curso, hasta detenerse ante el edificio sombrío, del que salían llamas por algunas ventanas de la planta baja, irradiando en torno una luz siniestra.

Por su parte, en aquellos minutos, Lowes no había perdido la calma. La radio le sirvió para hacer una urgente llamada a los bomberos de Dartford, quienes prometieron acudir inmediatamente.

Y nada más detenerse los coches, los agentes salieron de estampida, tratando de buscar el modo de penetrar en el edificio en llamas y socorrer a los seres que hubiera en su interior.

Sólo Denis Lowry se quedó junto a los coches, boquiabierto, anonadado ante el devorador espectáculo del fuego, como si en su mente se despertaran dormidos recuerdos del inconsciente.

Y fue Denis el único que vio la figura correr entre los árboles. Creyó ver una mujer, pero desapareció tan rápidamente de su vista, que dudó de sus alterados sentidos.

Sin embargo, el instinto le hizo echar a correr en aquella dirección. Y lo hizo con toda la energía de sus piernas, que no era escasa.

A los pocos minutos vio de nuevo a Camille Baker, alzándose del suelo y volviéndose. La mujer, en su huida desesperada, había tropezado, cayendo y quedando ligeramente aturdida.

—¡Alto! —gritó Denis—. ¡Espere!

Camille, como si hubiera escuchado una orden de la autoridad, se quedó rígida. A la luz de las llamas, cada vez más intensas, que

llegaba entre las acacias, su rostro expresaba el más dramático terror.

Denis llegó jadeante a su lado y la agarró del brazo. Camille ofrecía un aspecto desarreglado, temblaba de miedo y se estrujaba las manos, sin poder controlar su excitación.

—¡Están en el sótano! ¡Ha sido Ana la que ha provocado el incendio! ¡Debió utilizar una vela! ¡Ahora no pueden salir de la cámara de los horrores!

—¿Qué está usted diciendo? ¿Quién hay dentro de la casa?

—¡Ana, el doctor Niels, la señorita Magruder y los cadáveres de Hugo!

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Denis, sin poder creer lo que había escuchado de los trémulos labios de la mujer—. ¿Está Joy Magruder ahí dentro?

—¡Sí! Hay una puerta secreta bajo la escalera. ¡Está abierta, pero yo no pude llegar hasta allí, por impedírmelo las llamas!

—¡Venga conmigo! —exigió Denis, agarrando a Camille del brazo y tirando de ella—. ¡Si es cierto lo que dice, tiene que ayudarnos! ¡La policía debe saber eso!

Camille Baker se resistió, pero el vigor de Denis la obligó a obedecer. Poco después, el inspector Lowes escuchaba la incoherente historia de Camille, mientras Denis y un agente de uniforme rompían una de las puertas ventanas y se encontraban con una reja detrás de la recia cortina.

—¡Toda la casa está protegida de este modo! —dijo el agente—. Es la tercera puerta que encontramos así. Y por la entrada principal es imposible entrar.

Denis, pensando en lo que había dicho Camille y en la suerte que pudiera correr Joy Magruder, en el sótano de aquella siniestra mansión, miró en derredor. Y el grueso tronco de árbol que hacía de barandilla de una cerca, en el camino del jardín, le dio la idea.

—¡Ayúdeme! ¡Utilizaremos ese tronco para derribar la reja!

Entre los dos arrancaron el tronco, con el que hicieron palanca entre la reja y el muro. A los pocos instantes de fuerte presión con la recia palanca, la reja cedió y cayó aparatosamente a un lado. Denis, sin perder un segundo, penetró en un salón a oscuras, al otro extremo del cual vio las llamas iluminar el resquicio inferior de la puerta.

Y hacia allí se lanzó como una exhalación, seguido del agente y de otro policía que acudió con un extintor de incendios, extraído de uno de los coches.

Al abrir la puerta, Denis vio las llamas invadiendo el pasillo. Pero había un tramo, a la derecha, por el que se podía pasar. Al extremo del pasillo, iluminada por el fuego, vio la escalera.

Sin vacilar, arrancó una cortina y se la lió a la cabeza.

—¿Qué haces, muchacho? —le preguntó el agente del extintor.

—¡Voy a entrar ahí! ¡Rocíeme con la espuma!

—¿Está usted loco? ¡Eso es un infierno!

—¡Hay alguien con vida al otro lado! ¡Ayúdeme, por favor!

El agente sólo dudó un segundo. Si no obedecía, Denis se habría ido de todos modos. Por esto le roció rápidamente con el extintor, mientras el otro policía, con otro cortinaje empezaba a golpear las llamas del pasillo, arremolinando el humo.

Denis, sin vacilar, se metió por el único espacio del pasillo, todavía no dominado por el fuego. A pesar de ello, el calor era asfixiante y el humo cada vez más denso.

Antes de llegar a su objetivo, que era la escalera, al extremo del pasillo, Denis comprendió que era imposible pasar. El fuego salía violentamente del salón, formando una barrera ante él.

Pero los gritos desesperados de una mujer, al parecer enloquecida por el más intenso terror, le incitaron. Llegó hasta suponer que podía tratarse de Joy.

Y por esto, despreciando su propia vida, se lanzó entre las llamas a toda velocidad, aunque tuvo la precaución de protegerse manos y rostro con la cortina, la cual empezó a arder inmediatamente.

Pero Denis se desprendió de ella al hallarse al otro lado del fuego, junto a la escalera, donde el humo se arremolinaba. Y allí, sujetándose a una puerta de hierro, vio a una mujer con el rostro desencajado, los ojos saliéndosele de las órbitas y el vestido negro ardiendo por su parte inferior.

—¡Socorro!

Las lenguas de fuego avanzaban implacablemente. Denis no tuvo más remedio que empujar a la mujer y meterse en el agujero de la escalera. Acto seguido, cerró la puerta de hierro violentamente y procedió a tirar del vestido de la mujer, para librarla de las llamas.

Pero Ana se arrojó escaleras abajo, rodando violentamente, hasta llegar al primer recodo, donde se golpeó la cabeza contra el muro, quedando inerte.

Denis descendió hasta ella. La luz se había apagado y el humo era muy denso, pero no tanto como en la parte alta de la escalera. Por esto, apagando las ropas de la mujer, la levantó y descendió unos peldaños. Luego se detuvo. Buscó fósforos en sus bolsillos. Hubo de depositar su carga en los peldaños y encender una cerilla.

Miró a la mujer, que tenía el cuello grotescamente ladeado, y sin comprender que había muerto desnucada, optó por dejarla allí y ver dónde conducía aquella siniestra escalera de ladrillos.

Poco después, Denis entraba en el laboratorio del siniestro doctor Hugo Niels, quedando aterrado de todo lo que vio.

El fósforo le quemó los dedos, al pasmarse ante el cuerpo de Joy Magruder, con el vestido desgarrado, que yacía sobre la fatídica mesa. Cuando volvió a encender otro, trémulo y aturdido, descubrió a Hugo Niels, algo más allá, tendido en el suelo, ¡y con las manos de Joe todavía engarfiadas a su cuello!

Era evidente que el infeliz consumió sus postreras energías vengándose del hombre que tanto le había hecho sufrir en su horripilante cautiverio.

Los otros cadáveres produjeron en Denis una profunda y caótica impresión. Fue preciso recurrir a varios fósforos, encendidos con dedos trémulos, para darse cuenta del verdadero horror de aquel lugar que el humo empezaba a invadir.

Cuando Denis pudo reaccionar, cubrió el busto de Joy con un delantal mugriento y luego auscultó su corazón y su pulso, comprobando, con alivio, que la joven todavía estaba viva.

—¡Cielos santo! —Pudo exclamar, al fin, Denis, mirando en derredor—. ¡Esto parece una pesadilla alucinante!

Sin embargo, la espeluznante prueba no duró mucho. Veinte minutos después, luces y voces en la escalera sacaron a Denis de la tensión sombría en que se hallaba.

Primero apareció un bombero, provisto de una potente linterna. Luego se asomaron otros hombres. Sin separarse de la mesa, junto a Joy, Denis balbuceó:

—Gracias a Dios que han llegado.

—¿Qué significa esto? —Logró, al fin, preguntar el bombero,

saliendo de su estupor—. ¿Quién es usted?

—Ayúdenme a sacar a Joy. ¿Han dominado el fuego?

—En parte, sí. ¿Y ésos?

—¡Sólo Dios sabe lo que ha ocurrido aquí!

Denis fue acompañado al exterior, donde el inspector Lowes se acercó corriendo. Examinó al aturdido Denis y luego preguntó a los que sacaban a Joy:

—¿Dónde la han encontrado?

—Abajo, en el sótano. Será mejor que vaya usted y vea lo que hay allí. El fuego casi está dominado.

Angus agarró a Denis del brazo y le zarandeó, preguntándole:

—¿Qué ha pasado?

—No me pregunte. Será mejor que vaya a verlo.

Cuando Harry Lowes salió de la casa, poco después, estaba blanco como la cera.

—No puedo creerlo. ¡Es inaudito! ¡Increíble!

Denis, algo más repuesto, se le acercó.

—¿Dónde está la mujer?

—¿La señora Baker? La custodian los hombres de Dartford. El superintendente Malcom la está interrogando. ¡Cielos, qué locura más espantosa! ¿Cómo pudiste entrar, Denis?

—Un policía me ayudó. Rompimos la reja. La mujer me había dicho que Joy se encontraba abajo y no pensé en nada más. ¿Qué ha ocurrido allí?

—No lo sé… ¡Algo espantoso!

* * *

Al día siguiente, Denis acudió a la casa de Joy, donde fue recibido por un mayordomo sonriente, que dijo:

—El señor Magruder y la señorita Joy le esperan en el salón. Sígame.

—Siento llegar algo tarde —se disculpó Denis, cohibido ante la suntuosidad de la mansión, cuyos cuadros y ornamentos le impresionaron vivamente.

—El inspector Lowes llegó hace media hora. No creo que hayan notado su retraso.

El mayordomo condujo a Denis ante una amplia puerta de doble hoja, la cual abrió, diciendo:

—El señor Lowry.

Joy, con pantalones largos y un ajustado suéter blanco, se levantó del canapé donde había estado sentada, ante su padre y el inspector Lowes, y salió, sonriente, aunque pálida, al encuentro del visitante, a quien besó en la mejilla, abrazándole:

—Gracias, Denis. No olvidaré lo que hiciste por mí.

—No hice nada.

Kenneth Magruder y Harry Lowes también se levantaron, sonrientes ambos.

—He aquí a nuestro héroe —dijo Lowes—. No ceso de felicitarme por haberte llevado a Dartford, Denis.

—Le estoy muy reconocido, muchacho —habló el padre de Joy —. De no haber sido por usted, puede que ahora estuviera de luto.

—Nada deben agradecerme. Me porté indignamente.

—Es que si hubieras salido del sótano bajo la impresión de lo que había allí, posiblemente te habrías arrojado al fuego —expuso Lowes—. Soy yo, que creía haberlo visto todo, y he tardado horas en recuperar el equilibrio. Desde luego, le mostraré a usted las fotografías de aquel horror, señor Magruder.

—¡Prefiero más no verlas! —replicó el padre de Joy—. Siéntese, joven. Mi intención era ofrecer a usted una recompensa. Joy, por el contrario, no piensa como yo. Parece que mi hija le ha tomado afecto a su héroe, y ahora comprendo la razón.

Denis tenía muy buen aspecto, elegantemente vestido y arreglado. Se había preparado para aquella entrevista.

—Denis es el autor de los cuadros, papá. Y debido a lo ocurrido, todo lo que se saque por ellos le pertenece.

—Por supuesto que sí —admitió Lowes—. Pamela Stuart no reclamará nada, porque comparecerá ante la ley, acusada de complicidad en un intento de fraude.

—¿Y yo? —preguntó Denis.

—El doctor Flaherty asegura que eres totalmente irresponsable. Se apoderaron de tu mente en estado de *shock*. Hugo Niels ya ha pagado sus terribles culpas y ahora debe hallarse ante el tribunal de Dios, que es el único que puede juzgarle. Camille Baker pasará una larga temporada en prisión. En cuanto a Ana Hughes, el ama de

llaves, también estará siendo juzgada por el Altísimo, por cuanto bueno o malo haya hecho en este mundo. Hemos averiguado quiénes eran los otros infelices, pero no sabemos aún quién, es el individuo que mató a Niels. Esa investigación llevará tiempo.

»Según Camille Baker, Hugo Niels decía poseer un fármaco capaz de devolver la vida a los muertos. Con ese pretexto y el gran dominio que ejercía sobre ella, logró sacarle grandes sumas de dinero, habiéndola llevado casi a la ruina. Todo el embrollo de los cuadros estaba encaminado a obtener una fortuna. Lo ideó Niels, con ayuda de Stuart, el cual, según tengo entendido, se hallaba también dominado por la sugestión hipnótica y macabra de Niels. Y tenía razón tu amigo el onirólogo, Joy —añadió Lowes, mirando a la muchacha—. Acertó plenamente. Pero no pudo imaginar, como tampoco lo hice yo, que Niels se había ocultado en la tumba de Cecil Baker, para matar a Stuart con una tenaza de hierro en forma de manos, a las que le habían cortado un dedo. Un curioso instrumento de muerte.

—¡Parece mentira que hayan seres de mente tan retorcida! —exclamó el padre de Joy.

—La mente humana es un enigma, señor Magruder —afirmó Lowes—. En estos últimos días, investigando este apasionante caso, he sabido cosas increíbles relacionadas con la mente. Y no me extraña en absoluto que existan seres como Hugo Niels.

—¿Era médico de verdad? Mi hermana ha dicho…

—Estudió medicina y psiquiatría, pero no terminó la carrera. Ello no fue óbice para que se dedicara a la nigromancia, primero en el extranjero, donde conoció a Camille Baker, y luego aquí, clandestinamente, por supuesto. Al parecer, era un tipo inofensivo.

—¡Sí, sí! —exclamó Joy.

—Niels estaba grillado —repuso Lowes—. De eso no hay duda. Es la consecuencia lógica de los casos que trataba, sin conocimiento absoluto de la materia. Y lo peor es que, según Camille Baker, estaba mejor informado que nadie, o eso creía… ¡Pobre hombre!

—Que Dios tenga piedad de su alma.

Kenneth Magruder miró a Denis y cambió de conversación.

—¿Y tú, hijo mío, qué piensas hacer?

—Reponerme. Joy me ha dicho que deja el periódico y se va a las Bahamas. Creo que puedo acompañarla.

—Perfectamente. La acompañarás. Quiero que alguien vele por ella. Además, necesita un buen chófer. ¿No tendrás complejo después de lo que te ocurrió?

—¡Oh, no, fue sólo un accidente! Entonces, ¿me permite acompañarla?

—¡Por supuesto! Yo me ocuparé de tus cuadros. Si no obtengo más dólares por ellos de los que pensaba obtener Stuart, pagaré la diferencia. Y yo de ti, aunque sea para entretenerme, pintaría algunos nuevos cuadros. Quisiera saber…

—¡Vámonos, Denis! ¡Mi padre es un hombre de negocios!

Ambos jóvenes se levantaron y Joy se llevó a Denis hacia la puerta.

—Hasta luego, papá… Adiós, inspector. Les dejamos con sus cosas serias y horribles. Nosotros tenemos mucho que olvidar, ¿no es así, Denis?

—Sí, Joy. Olvidar lo pasado y conocer el futuro.

F I N



PEDRO GUIRAO HERNÁNDEZ (Murcia - Barcelona, 29-09-1993). Fue un ensayista y novelista español Usó multitud de seudónimos, como Abel Colbert, Buck O'Halloran, Clem Fosters, **Peter Kapra**, Walt G. Dovan, etc.

Comenzó su carrera como escritor a finales de los años cincuenta. Tras probar con la historieta, se centró en las novelas, y en 1966 creó uno de sus personajes más populares, Jim Kenny.

En 1975 empezó a publicar ensayos sobre temas esotéricos e históricos y dirigió la revista Spirit de Garbo Editorial.

Fundó su propia editorial en 1982.